



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El ejército de Amid Koral

El agente de la CIA Lewis Harst resulta muerto en Istanbul. Pero no antes de que pueda informar de que hay mercenarios que están reuniendo hombres para unirse al ejército de Amid Koral. ¿Quién es Amid Koral y qué es lo que pretende al formar ese ejército?



Lou Carrigan

El ejército de Amid Koral

Brigitte en acción - 240

Archivo Secreto - 195

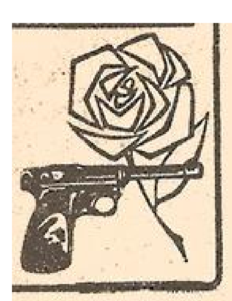
ePub r1.1

Titivillus 16.08.2019

Lou Carrigan, 1977
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Preludio en Istanbul

Lewis Harst, agente de la CIA en la base de Istanbul (Turquía), detuvo el coche en el lugar convenido telefónicamente con el agente griego Bikelas. El lugar era la estación de ferrocarril de Sirkeci, en el distrito de Eminonu. El punto exacto, delante de la entrada principal de la estación, llegando por la calle Ankara. La hora, las ocho treinta de la noche.

Cuando Lewis Harst miró su reloj, se felicitó a sí mismo; eran las ocho y treinta y un minutos.

Encendió un cigarrillo. Luego, miró alrededor, a través de los cristales del coche. Lloviznaba. La gente se apresuraba a entrar en la estación, y salía corriendo de ella, hacia su coche, o en busca de un taxi. La iluminación era buena.

Lewis Harst volvió a mirar su reloj. Ya eran las ocho y treinta y dos minutos. Una hora como otra cualquiera para una cita entre espías. Pero si la cita era a las ocho y treinta y dos, quería decir a las ocho y treinta y dos, no a las ocho y treinta y uno o a las ocho y treinta y tres.

Un minuto más tarde, a las ocho y treinta y tres, Lewis Harst comenzó a fruncir el ceño. A las ocho y treinta y cuatro, comenzó a preocuparse. Muy bien: ¿quién era Georgios Bikelas, a fin de cuentas? Un simple agente griego de escasa categoría, por no decir que era un intruso en tan difícil profesión. Sin embargo, Bikelas había operado en algunas ocasiones con la CIA especialmente con el asunto de Chipre. Bikelas se las había arreglado para introducirse en medios que le proporcionaban, en ocasiones, confidencias interesantes sobre aquella brutal lucha entre turcochipriotas y greco chipriotas; así que Lewis Harst tenía la certeza de que también en esta ocasión sus informes versarían sobre el mismo tema.

En general, sin embargo, los informes de Bikelas no eran demasiado importantes. Pequeñas cosas que, la mayoría de las

veces, ya estaban en el conocimiento del más gigantesco pulpo del espionaje mundial: la CIA. Pero ¿quién sabe? A veces, un agente insignificante, precisamente por serlo, por ser tan poco importante y conocido, conseguía datos que podían hacer variar muchas cosas…

Las ocho y treinta y seis.

Harst metió el cigarrillo en el cenicero del coche, se pasó una mano por la boca, y reflexionó, vacilante.

De pronto, sacó su pequeña radio de bolsillo, y apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —obtuvo respuesta en el acto.

—James, soy Lewis. Bikelas no ha aparecido todavía… ¿Qué hago?

—No sé. Decide tú mismo, Lew.

—Tú eres el jefe de Istanbul, ¿no? Dime qué hago.

—Si te parece que algo está mal, si hueles alguna trampa, sal de ahí en seguida. Si te parece que todo está bien, sigue esperando. Pero sobre todo, no te compliques la vida.

—Entiendo.

Tras una última vacilación, puso en marcha el motor del coche. Puso la primera, se dispuso a apretar el pedal del gas mientras miraba por última vez hacia la salida de la estación…, y en ese momento vio aparecer a Georgios Bikelas, caminando normalmente. Al menos, eso debía pensar cualquier observador normal… Para Lewis Harst, aquel modo de caminar, con aquella rigidez controlada, era revelador. Por un momento pensó en apretar decididamente el pedal del gas y marcharse de allí, sin esperar a más, y que el demonio se llevase a Bikelas.

Pero, al mismo tiempo, el agente de la CIA se puso en el lugar del agente griego, y un mínimo resto de consideración hacia el colega que en ocasiones les había ayudado, se impuso a su sentido de la seguridad personal. Y no sólo eso, sino una pregunta que se hizo: ¿qué tenía que decirle Bikelas en esta ocasión?

Se inclinó hacia la derecha, y abrió la portezuela. Bikelas le vio, y en el acto echó a correr descaradamente hacia el coche. Se metió dentro, junto a Harst, y gritó:

—¡Corra, corra…!

Lewis Harst ya estaba dando todo el gas. El coche salió disparado en dirección a Florya Sahil Yolu, y mientras tanto, el

agente de la CIA echó un breve vistazo hacia atrás… De la estación salían dos hombres, que corrían hacia otro coche que había estado estacionado detrás del de Harst, a unos diez metros.

—¿Qué ha pasado? —masculló Harst—. ¿Tiene detrás a alguien?

—Sí… ¡Acelere!

Por el espejo retrovisor, Harst vio el otro coche saliendo en su persecución. Comenzó a refunfuñar un par de feas maldiciones.

—En estas circunstancias —terminó—, no ha debido realizar el contacto, Bikelas.

—Estoy solo —exclamó el griego—. ¿Qué quería que hiciese? ¿Dejarme matar?

Lewis Harst le dirigió una mirada de reojo, irritado.

—Hombre, no —gruñó—: es mejor que nos maten a los dos. ¿Se puede saber qué está ocurriendo esta vez?

—He podido introducirme en Istanbul en un grupo que manda un tal Edvin Torunoglu. Es un tipo que está reclutando gente para organizar una guerrilla que operará en Chipre. Bueno, ya sabe: ese Torunoglu es uno de esos tipos que quieren que Chipre sea para Turquía, y está dispuesto a hacer lo que sea para echar de la isla a los grecochipriotas…

—De esos, los hay a montones —refunfuñó Harst.

—Sí, lo sé. Pero he sabido algo verdaderamente importante. Al parecer, hay alguien que ha conseguido reunir un poderoso ejército guerrillero, con el que piensa marchar sobre Atenas…

—¿Está bromeando? —rió, secamente, Harst—. ¡Un poderoso ejército de guerrillas para atacar Atenas…! ¡Vamos, vamos, Bikelas! ¡No diga tonterías!

Bikelas se volvió para mirar hacia atrás, mientras se pasaba la mano por la cara, salpicada de minúsculas gotas de lluvia.

—Puede que sean tonterías —admitió el griego—, pero eso es lo que he oído al mezclarme en el grupo del guerrillero Torunoglu… Un sujeto llamado Amid Koral dispone de un ejército tan numeroso que…

—Veamos: ¿qué es un ejército *tan numeroso*? ¿Mil hombres?

—No lo sé. ¿Mil? Por lo que he oído tienen que ser muchísimos más… ¡Y no me pregunte cuántos son exactamente, porque no lo sé! Sólo sé que es un ejército numerosísimo, y que piensan atacar Atenas con él, dirigidos por ese turco llamado Amid Koral.

Torunoglu está preparándose para ir a reunirse, él y sus guerrilleros, con Amid Koral. Y entonces, atacarán Atenas. No puedo decirle nada más.

Harst hizo un gesto de irritada resignación, y miró de nuevo por el espejo retrovisor. Estaban ya en Florya, rodando en dirección al parque Sarayburn…, y el otro coche iba ganando terreno, debido a que su conductor, al parecer, temía menos que Harst un inevitable derrape sobre el mojado asfalto.

Lewis Harst sacó su radio de bolsillo y la accionó.

—¿Sí?

—James, soy yo otra vez. Bikelas ha aparecido, perseguido por unos cuantos turcos, que tengo detrás del coche. Voy a acelerar ahora, a ver si los dejo atrás.

Pero si algo ocurriese, escucha lo que me ha dicho Bikelas: el guerrillero Edvin Torunoglu está reclutando hombres en Istanbul, para reunirse con un tal Amid Koral, el cual dispone de un numerosísimo ejército con el que piensa atacar Atenas.

—¿Numerosísimo ejército? ¿Cuántos hombres, Lew?

—Bikelas no lo sabe. Pero dice que son muchísimos más de mil… Un *numerosísimo* ejército, eso es todo. Bien, voy a…

En la parte de atrás del coche pareció estallar un simple petardo, y simultáneamente, el cristal saltó en diminutos fragmentos que inundaron el coche, golpeando en la nuca y espalda a Lewis Harst y Georgios Bikelas. El primero dejó caer la radio, y aferró el volante con las dos manos, súbitamente desencajado su rostro. En ese mismo instante, otra bala alcanzó el coche del agente de la CIA. Esta vez, en la rueda trasera izquierda. Se oyó el estampido, el chirriar de los neumáticos, y el coche se venció hacia el centro de la calle… Por delante apareció otro coche, y su conductor, alarmado sin duda, lanzó un breve destello con las luces largas, para advertir al agente de la CIA que tuviese cuidado. Lewis Harst cerró los ojos, giró el volante hacia la derecha a toda prisa…

El coche del agente de la CIA dio en el acto una vuelta de campana, cayó sobre las ruedas, rebotó, dio otra vuelta más, se incendió al caer por tercera vez, y cuando todavía dio otra vuelta más, era una bola de fuego que arrojaba un negrísimo humo.

Finalmente, quedó detenido, en el centro de la calzada.

Y dentro del coche, todavía por unos segundos, la voz de James

estuvo llamando:

—¿Lew? ¡Lew! ¿Me oyes, Lewis? ¡Lewis…!

Capítulo Primero

—Bueno —dijo Frank Minello—. Ahora tienes que hacer, a toda prisa, quince flexiones de piernas.

—¿Pero sujetándome al sillón? —preguntó Brigitte Montfort.

—Es indiferente. Lo de sujetarse al sillón es sólo para mayor comodidad del sujeto objeto de examen. Puedes empezar cuando quieras.

Brigitte Montfort comenzó a hacer flexiones de piernas, con las manos en la cintura, esto es, sin sujetarse al brazo del sillón junto al cual estaba. Minello acababa de tomarle el pulso, controlando sus pulsaciones por minuto: cincuenta y seis. Es decir, que, en estado de reposo, el corazón de miss Montfort funcionaba perfectamente, a un ritmo muy saludable. Y ahora se trataba de saber a qué ritmo se ponía su corazón después de quince velocísimas flexiones.

—Trece, catorce…, ¡y quince! —exclamó Minello—. ¡Dame la mano, pronto!

—¿Puedo fumar ahora? —preguntó Brigitte.

—Sí, sí…

La divina espía, la agente Baby de la CIA, se sentó en el sillón, y encendió un cigarrillo, mirando a Miky Grogan y guiñándole un ojo. Miky Grogan, director del *Morning News*, y por lo tanto jefe periodístico de Brigitte, se limitó a sonreír lo más amablemente que pudo, mientras con el dedo índice se tocaba la sien y luego señalaba a Minello, que seguía haciendo números. Para él, lo que realmente tenía importancia de Brigitte era su intrínseco valor humano, y sus grandes cualidades como periodista, profesión de camuflaje de la más implacable espía del mundo. Y también, su belleza.

—¡Zambomba! —exclamó, de pronto, Minello—. ¡No es posible!

—¿El qué, Frankie? —lo miró ella, sonriente.

—Pues, según estos números, resulta que tú no tienes un corazón, sino una máquina.

—¡Oh, vamos, Frankie!; ¡sabes perfectamente que tengo un corazón normal! —protestó Brigitte.

—Pues mis números dicen que no. He hecho esto anteriormente con veintidós personas, y ninguna ha dado tu promedio de recuperación, ni mucho menos.

—¿Y para qué estás haciendo esas tonterías? —preguntó Miky Grogan.

—No son tonterías —gruñó Minello—. Es una operación por la que se obtiene el coeficiente de pulsaciones medias de una persona, de tal modo que podemos saber si es o no es apta para el deporte. Y como estoy escribiendo un libro sobre el boxeo, tengo que ir haciendo pruebas, para establecer escalas de posibilidades físicas de las personas según su edad.

—Sabes muy bien que Brigitte es apta para el deporte —dijo Grogan—. ¡Siempre estás perdiendo el tiempo en tonterías!

—Todas las personas son aptas para el deporte, generalmente. Pero no para practicarlo con la misma intensidad, ni para todos los deportes.

—Frankie: eres tonto —insistió Grogan—. Brigitte obtuvo, hace poco, su Cuarto Dan de judo, y se entrena diariamente siempre que está en Nueva York. Por otra parte, yo diría que sus… actividades no son precisamente las que podría soportar un corazón más o menos debilucho, ¿no te parece?

—¡Zambomba, pues es verdad! —Minello se rascó la coronilla—. Seguramente, hay pocas personas en el mundo que conserven su corazón a semejante potencia de bombeo y recuperación… Brigitte: ¿te molestaría que no pusiese tu coeficiente en mi libro?

—Claro que no, Frankie. Pero puedo sugerirte otro candidato para tus estadísticas. Un sujeto muy adecuado para experimentar: Miky Grogan.

—¡Ni hablar! —respingó éste—. ¡Yo no tengo ganas de hacer tonterías!

—Lo que pasa —le miró, burlonamente, Minello— es que usted no tiene fuerzas ni para hacer una sola flexión, jefe. Seguramente, se le romperían las piernas.

—¡Estoy más fuerte que tú! —gritó Grogan.

—¡Je, je…! ¡Este es el chiste del día! —rió Minello—. ¡Pero si usted no podría correr ni aunque le persiguiese un tigre!

—Vamos, Miky —le miró maliciosamente Brigitte—, ¡demuéstrele a Frankie que su corazón todavía funciona!

—Funcionar, claro que funciona —admitió Minello—, pero como una cafetera vieja. Apuesto a que si escucho sus latidos me parecerá oír un montón de hierros viejos.

—Yo, desde luego —se puso cómicamente seria Brigitte—, no me dejaría decir esas cosas por un tonto, Miky. Pero, claro, tampoco es cosa de que se ponga usted ahora a hacer flexiones y se le rompan las piernas.

—¡Pero qué romper ni qué narices…! —se irritó Grogan—. ¡El otro día me pasé más de tres horas jugando al golf!

—¡Bah! —despreció Minello—. ¡Vaya un deporte! Se pone uno a pasear por el campo dándole golpes, con un palito, a una pelota… ¡Qué tontería!

—¿Tontería? —enrojeció Grogan—. ¡Está bien, hazme esa estúpida prueba y te convencerás! ¡Venga, tómame el pulso!

Minello miró a Brigitte, y le guiñó un ojo. Brigitte le correspondió del mismo modo, conteniendo la risa…

—¡Ahí va, mi madre! —exclamaba, poco después, Minello—. ¡Ochenta y ocho pulsaciones por minuto! Mire, jefe, es mejor que lo dejemos. No quiero ser responsable de…

—¡Ahora soy yo quien quiere hacer esa prueba…! —vociferó Grogan.

—Bueno, hombre, bueno… Pero Brigitte está de testigo de que yo no quiero responsabilidades, ¿de acuerdo? Si cuando está usted flexionando las piernas, su corazón hace ¡puní!, la culpa es de usted y sólo de usted. Puede comenzar cuando quiera.

Cuando terminó, alzó la cabeza, miró a Grogan…, y vio al nuevo personaje, que, de pie cerca de Brigitte, le miraba fijamente.

—¡Zambomba! —se puso en pie de un salto—. ¡El viejo buitre calvo y carroñero! ¿De dónde ha salido? ¿Ha llegado volando?

Charles Alan Pitzer, jefe del sector Nueva York de la CIA, se limitó a sonreír, como si le estuviesen hurgando en el estómago con una espina de pescado.

—Tío Charlie no ha llegado volando, Frankie —explicó Brigitte —. Él…

—Entonces, ya sé: ¡arrastrándose, como una serpiente!

Pitzer comenzó a poner cara de malhumor.

—No, Frankie. Ha subido en ascensor, ha llamado a la puerta, Peggy le ha abierto, y lo ha traído aquí. Pero tú estabas tan abstraído que no te has dado cuenta. Bueno, dinos: ¿cómo anda el corazón de Miky?

—¿Qué tal si tomamos algo para celebrar la visita del viejo buitre calvo? —propuso Minello.

—Como gustes. Respecto a Miky…

—Yo mismo serviré las bebidas. No me digas lo que quieres tú, porque lo sé. Yo, lo mismo: una copita fría de Perignon, con una hermosa guinda. Al jefe le daremos una buena copa de vinagre. Y al buitre, sangre podrida de conejo viudo…, con soda, claro.

Charles Alan Pitzer dijo algo por lo bajo, y se sentó en otro sillón, delante de Brigitte. Sacó un sobre de un bolsillo interior, y lo tendió a su espía favorita.

—Como sé que sería perder el tiempo pedir que este *gracioso* se ausentase, puede echar un vistazo a eso ahora mismo.

—¿Y yo qué? —preguntó Grogan.

—¡Hombre, Grogan! —protestó Pitzer—. Usted, además de que fue quien me presentó a Brigitte hace algún tiempo, es una persona inteligente y sensata.

—Este tío —farfulló Minello, yendo hacia el bar—, siempre llega aquí insultándome. En vez de sangre podrida le voy a servir orines de serpiente leprosa…, y sin soda.

Brigitte había abierto el sobre, sacó en primer lugar la fotografía que mostraba el rostro de aquel hombre joven y atractivo, y, en seguida, palideció, al ver al pie de la foto la palabra *Dead*. Muerto.

Miró vivamente a Pitzer.

—¿Han matado a otro Simón? —preguntó con voz tensa.

—En Istanbul —asintió Pitzer, sombrío.

Frank Minello abandonó en el acto sus bromas. Se quedó mirando a Brigitte, en silencio, igual que Grogan. Ambos sabían cuánto afectaba a la agente Baby la muerte de uno de sus compañeros de la CIA. Y sabían también que quien hubiese matado a aquel agente, a aquel Simón, había firmado su propia sentencia de muerte. Sabían, por último, que cuando fuesen a darse cuenta Brigitte Montfort estaría volando hacia Istanbul.

El silencio era total. Brigitte estaba mirando de nuevo aquel rostro. Cabellos oscuros, ojos castaños, boca firme, expresión un

tanto adusta… Un espía. Un agente de la CIA. Un Simón, en definitiva.

—¿Cómo ocurrió? —alzó Brigitte la cabeza.

—Iba en un coche, junto con un agente griego llamado Georgios Bikelas. Les perseguían con otro coche, desde el cual dispararon. Algunas personas que iban en otros coches lo vieron: el cristal de atrás fue reventado a balazos, luego otra bala alcanzó una rueda trasera, el coche comenzó a dar vueltas, y se incendió. Los dos murieron prácticamente en el acto, al parecer. Cuando los sacaron de allí… Bien, ¿qué importa eso ya? El muchacho se llamaba Lewis Harst.

—¿Por qué los perseguían?

—Georgios Bikelas conseguía, con cierta frecuencia, información sobre algunos turcos que se dedicaban a organizar guerrillas para operar en Chipre contra los grecochipriotas. Por lo general, pasaba la información a la CIA en Istanbul. Llamó, Lewis Harst acudió a la cita, y, evidentemente, se metió en el cepo que otras personas habían preparado vigilando a Bikelas.

—¿Sabemos quiénes fueron esas… personas?

—Según Simón-Istanbul, los hombres de un guerrillero llamado Edvin Torunoglu. Es un turco que, como otros, se dedica a reclutar gente de armas para buscar camorra en Chipre. Parece muy probable que Edvin Torunoglu se reunirá en breve con Amid Koral.

—¿Y quién es Amid Koral?

—Hay un papel escrito dentro del sobre. Es el mensaje textual que nos envió Simón-Istanbul, basándolo en las informaciones que le facilitó Lewis Harst antes de morir, mientras escapaban de la persecución del otro coche.

Brigitte sacó el papel del sobre, y leyó lo escrito en él:

> *«ULTIMA INFORMACIÓN DE LEWIS HARST, facilitada a éste por el agente griego Georgios Bikelas.*
>
> *»El organizador de guerrillas turcas llamado Edvin Torunoglu piensa reunirse en breve con Amid Koral, el cual dispone de un NUMEROSÍSIMO ejército con el que proyecta atacar Atenas. Ignoramos, por el momento, la valoración que se le da a la palabra NUMEROSÍSIMO. Istl, 3-3-75».*

Brigitte miró de nuevo a Pitzer, fría la expresión de sus ojos.

—¿Y quién es este Amid Koral? —insistió.

—Aún no lo sabemos. Lo están buscando, naturalmente. Han sido movilizados todos los resortes en Grecia y Turquía, así como en Chipre.

—¿Han avisado al MI6 británico?

—Todavía no.

—Quizá ellos sí conozcan a este Amid Koral.

—Quizá. Pero si usted va a ir a Istanbul, es usted misma quien debe decidir si avisamos o no al MI6.

—Considerando nuestra… amistad con los servicios secretos británicos, y considerando que ellos tienen intereses en la isla, creo que ya deberían haberles avisado, tío Charlie. Háganlo inmediatamente: quiero saber, cuanto antes, quién es y dónde está Amid Koral… ¿Tenemos localizado a Edvin Torunoglu, al menos?

—A ése, sí. Está en Istanbul… O estaba allí hace dos días. Se supone que si Simón-Istanbul no ha pasado nuevos informes es que Torunoglu no ha abandonado la ciudad.

—¿Tiene usted mi pasaje para Istanbul?

—También está dentro del sobre. La están esperando.

—Bien. Un NUMEROSÍSIMO ejército —Brigitte volvió a mirar el papel—. Y para atacar Atenas. Parece una broma.

—No creemos que lo sea.

—¿Es posible que alguien haya reunido un numerosísimo ejército… sin que la CIA se haya enterado, tío Charlie?

—Los analistas de la central opinan que no existe tal ejército. Tenga en cuenta que ese ejército se entiende formado por mercenarios, es decir, personal no componente de fuerzas armadas regulares.

—¿Los analistas de la central dicen que no? —sonrió secamente Brigitte—. ¿Por qué no?

—Tenga en cuenta que un numerosísimo contingente de hombres de esa clase es poco probable que escapase a la vigilancia de la CIA. Y hasta ahora, sólo se van teniendo noticias de pequeños grupos, como el propio Edvin Torunoglu, por ejemplo.

—¿Podría Amid Koral reunir todos esos pequeños grupos para conseguir, así, un numerosísimo ejército?

—Bueno… Es posible que ese hombre sea un organizador fuera

de serie, Brigitte. Nosotros creemos que no, pero…

—Entiendo. Y además, han matado a un Simón. ¿Cuándo sale mi avión?

—Dentro de dos horas y media: Lisboa-BarcelonaRoma-Istanbul. Llegará mañana por la tarde.

Brigitte se puso en pie.

—Voy a decirle a Peggy que prepare mi equipaje.

Salió del salón. Los tres hombres quedaron silenciosos. Por fin, Miky Grogan, tras buscar algo que decir, encontró un buen tema de conversación.

—A propósito, Frankie: todavía no me has dicho qué tal está mi corazón.

—Peor que el de Brigitte.

—Hombre… Ya suponía eso, pero, ¿qué tal, en definitiva?

—Pues mire, si quiere un consejo de un tipo que entiende bastante de deportes, y usted lo sabe muy bien, ya que soy jefe de la Sección Deportiva del *Morning*, deje el golf.

—¿Cómo que deje el golf? —palideció Grogan.

—No completamente, pero nada de jugar tres horas seguidas. Un par de veces a la semana, y hora y media cada vez como máximo. Eso es lo que dicen las tablas estudiadas por especialistas, jefe.

—Bien —musitó Grogan—. Vaya, al menos todo esto ha servido de algo, ¿verdad?

—A usted, sí.

—Bueno… Tengo ya sesenta y tres años, así que, realmente, no puedo pretender tener un corazón tan fuerte como el de Brigitte, que sólo tiene…

—Usted vivirá más años que ella —masculló Minello.

—¿Qué dices? —respingó Grogan.

—No me diga que está sorprendido —Minello miró fijamente a Pitzer—. ¿Y usted? ¿Está sorprendido?

—Escuche, Frankie, yo no tengo la culpa de que Brigitte quiera seguir con todo esto —murmuró el jefe de la CIA en Nueva York—. Si por mí fuese, ya se habría retirado.

Capítulo II

El avión de Alitalia, procedente de Roma, tomó tierra en el aeropuerto de Yesikoy, a veintitrés kilómetros de Istanbul, exactamente a las seis y diez minutos de la tarde. El hombre que había estado esperándolo desde media hora antes tiró su cigarrillo al suelo, lo aplastó, y se dirigió a la sala de espera de los vuelos internacionales.

Poco después, vio salir a la hermosa muchacha que llevaba una maleta en la mano derecha y un maletín rojo con florecillas azules estampadas, en la izquierda. Se dirigió hacia ella sin vacilar, y tendió su mano derecha.

—Bien venida a Istanbul —musitó.

Ella dejó la maleta en el suelo, y aceptó la mano del hombre.

—Gracias, Simón. ¿Está todavía en Istanbul Edvin Torunoglu?

—Sí. Permítame —señaló la maleta—. Tengo el coche fuera.

Salieron del aeropuerto. Tres minutos más tarde, estaban en el coche, en cuyo asiento de atrás Símón-Istanbul colocó la maleta. Se puso ante el volante, dio el encendido y arrancó.

—¿Han localizado ya a ese Amid Koral? —preguntó ella.

—No; lo siento.

—Quizá esté en Grecia. Supongo que allí también están buscando.

—Desde luego. Pero no creo que esté allí.

—¿Se han puesto en contacto con el MI6?

—Sí. No conocen a Amid Koral… Pero lo están buscando para nosotros.

—Bien. ¿Ha habido problemas respecto al traslado de los restos de Lewis Harst a Estados Unidos?

—Hemos podido solucionarlos. Y créame que las cosas no están muy fáciles por aquí.

—Lo supongo. ¿Sabemos dónde está Edvin Torunoglu?

—Ese, sí. Está ocupando una *suite* en el Park Hotel, en la Gumussuyu, delante del parque Taksim. Lleva allí más de diez días reclutando gente.

—¿En el propio hotel?

—Estamos en Turquía, y Torunoglu es turco.

—Claro.

—Debemos suponer que las autoridades turcas están al corriente de los proyectos de Torunoglu, pero que se esfuerzan en ignorarlas. Hasta es posible que Torunoglu esté recibiendo alguna subvención muy discreta… No digo que sea así, sino que éste es uno de esos desconfiados pensamientos que tenemos los profesionales.

—¿Sabemos cuántos hombres ha reclutado ya?

—No de un modo exacto, pero deben ser alrededor de cien… La verdad es que no se molesta demasiado en ocultarse. Se sienta en el bar del Park Hotel, y va recibiendo personal. Aparentemente, las conversaciones son de negocios. Torunoglu tiene algo de ganado por el centro de la Turquía asiática.

—Entonces, está acostumbrado a llevar reses al matadero.

Simón miró un instante a Baby, sorprendido. Luego, sonrió secamente ante el áspero chiste.

—Seguramente —admitió—. Nosotros pensamos que el agente griego Bikelas fue uno de esos hombres que acudió al bar del Park, y se contrató con Torunoglu. Por supuesto, Bikelas hablaba el turco, de otro modo no habría estado operando aquí… Se metió en la organización de Torunoglu, oyó todo eso del numerosísimo ejército de Amid Koral, y citó a uno de los nuestros. Por lo general, siempre enviábamos a Lewis Harst. Hablaba turco, lo cual podía permitirle salir de algún que otro pequeño apuro que…

—De éste no salió.

—No —murmuró, sombríamente, Simón—. Torunoglu debió darse cuenta de que Bikelas no era lo que decía ser, lo hizo vigilar, y cuando lo vieron reunirse con Harst, decidieron eliminarlos a los dos.

—¿Eso significa que los hombres de Torunoglu conocían a Lewis Harst?

—Todo es posible en Istanbul.

—¿Cree usted que los hombres de Torunoglu obraron por decisión propia al matar a Harst y a Bikelas?

—¡Por supuesto que no! Edvin Torunoglu es un hombre que no admite que nadie más que él tome decisiones en su organización. Cualquier cosa que hagan sus hombres, él la ha ordenado.

—Eso es lo que quería saber. Pare por aquí, en cualquier sitio discreto. A ser posible, fuera de la carretera.

Simón-Istanbul realizó esta maniobra apenas un minuto más tarde. El coche quedó fuera del alcance de cualquiera que pasase por la carretera. El jefe de la CIA en Istanbul paró el motor, y se quedó mirando con curiosidad a la mítica espía que, por fin, tenía ante él. Ella pasó al asiento de atrás, y abrió la maleta y el maletín.

—¿Puedo ayudarla en algo? —se ofreció Simón.

—No, gracias.

En cinco minutos, la muchacha de los grandes ojos azules y negros cabellos suavemente ondulados, quedó convertida en otra muchacha bien diferente: tenía las mejillas un poco más abultadas, las fosas nasales ligeramente más dilatadas; sus ojos no eran ya azules, sino negros, y sus cabellos negros habían quedado ocultos bajo la rubia peluca lacia. Una pequeña metamorfosis más que suficiente para engañar a cualquiera.

El maquillaje, un tanto exagerado, contribuyó más al cambio. Luego, la señorita Brigitte Montfort, periodista norteamericana, escondió su pasaporte auténtico en el doble fondo del maletín, y de éste sacó otro, que tendió al silencioso y admirado espía.

—Estaré en el Park Hotel con este nombre hasta que consiga algo positivo. ¿Puedo llamarlo con tranquilidad por la radio, o sufrimos alguna interferencia?

—Que nosotros sepamos, no.

Mientras ella ordenaba su maleta y el maletín, Simón miró el pasaporte que acaba de entregarle. Era italiano, a nombre de Maria Piamonte.

—¿Va a utilizar este pasaporte italiano?

—Claro. Es auténtico.

—Bueno —sonrió, a medias, Simón—, no me parece nada comprometido ser italiana. ¿Habla turco?

—No.

—En el hotel no tendrá problemas, pues hay intérprete de inglés. Pero si va por ahí, convendría que alguno de nosotros la acompañase.

—Mi intención es permanecer el menos tiempo posible en ese hotel —dijo Baby—. Pero si tuviese que estar más tiempo del proyectado, le avisaría.

—Me parece que no entiendo lo que quiere decir.

Ella no contestó. Pasó de nuevo al asiento delantero, y señaló hacia donde se divisaban ya las luces de Istanbul.

—Lléveme al Park Hotel… Es decir, a la terminal de la THY. Allí tomaré un taxi que me llevará al hotel. Será igual que si hubiese llegado en autobús desde el aeropuerto, ¿no?

—Esperaré a que el autobús nos adelante —asintió Simón.

Hubo suerte en el Park Hotel. El contratiempo de que no hubiese alojamiento disponible no se presentó, y así, hacia las siete y cuarto de la tarde, la *signorina* María Piamonte, romana de pura cepa, quedaba instalada en una de las habitaciones del tercer piso, en la parte de atrás, con vistas al Canal del Bósforo.

A través de los cristales de una de las ventanas, estuvo mirando hacia allá, pensativa, reflejándose en sus ojos las lejanas luces rojas y el resplandor de la ciudad.

Movió la cabeza, y se apartó de la ventana. Una de las causas que habían facilitado su obtención de habitación había sido la de asegurar que no estaría seguramente más que una noche, máximo dos. Y esas eran sus intenciones. No tenía por qué perder tiempo, ni estaba dispuesta a hacerlo.

Se cambió de vestido, poniéndose uno más adecuado a la hora, y bajó al bar el hotel. Durante el resto del trayecto en coche hasta la terminal de la línea aérea turca THY, Simón-Istanbul le había descrito a Edvin Torunoglu, pero lo hubiese identificado de todos modos.

Estaba sentado a una mesa, y ante él, también sentados, había cuatro hombres que le escuchaban atentamente. Torunoglu estaba de frente a la entrada del bar, así que al notar la presencia de alguien allí, miró hacia la puerta. Para entonces, la señorita Piamonte ya había desviado la mirada, y se dirigía a una de las mesas. Cuando se sentó, y miró *casualmente* y con *indiferencia* hacia la mesa de Torunoglu, éste todavía la estaba mirando, estupefacto. Maria Piamonte sonrió levemente y bajó la mirada.

Pidió café al camarero que se le acercó. Luego, encendió un

cigarrillo, con gesto aburrido, mientras miraba hacia el ventanal… No tenía por qué seguir mirando a Torunoglu. Ya lo había *fotografiado* para siempre en su mente: debía tener unos cuarenta y cinco años, era muy robusto, de cuello muy grueso, ojos pequeños y negros, cejas espesas y juntas; se notaba el tono azulado de su cerradísima barba, que debía tener que afeitar dos veces al día seguramente, si quería tener un mínimo aspecto aseado. En cambio, era completamente calvo. Su cabeza asombrosamente redonda parecía una bola de barro reluciente, como esmaltado. Un hombre fuerte, de mirada dura y astuta, y que no debía temer a nada ni a nadie.

Muy bien.

La *signorina* Piamonte tomó su café, se fumó otro cigarrillo, y, para visible desencanto de Edvin Torunoglu, que no había dejado de mirarla, abandonó el bar. Salió a la calle, y se dirigió a pie hacia la Meclisi Nebusam, cruzando una recta calle mucho más estrecha. Bajó paseando por Meclisi Nebusam hasta la fuente Iophane, mirando con curiosidad a su alrededor, especialmente hacia el canal. Luego, giró a la derecha, adentrándose por calles también más estrechas. En un pequeño restaurante cenó unos pinchitos y fruta. Luego, siguió caminando hacia la calle Istiklal, subiendo por ésta hacia Gumussuyu… Debían ser las diez cuando entraba de nuevo en el hotel.

Edvin Torunoglu estaba en el vestíbulo, sentado en uno de los sillones, leyendo un periódico. O simulando leerlo. La vio en cuanto entró, y se quedó mirándola fijamente. Maria Piamonte sonrió de aquel modo levísimo, y fue a pedir su llave.

Cuando entró en el ascensor, Torunoglu lo hizo también, mirándola de aquel modo tan fijo.

Las puertas se cerraron.

Torunoglu acercó la mano a los botones de los mandos, y miró sonriente a Maria, interrogante.

—¿Habla usted inglés? —preguntó ella en este idioma.

—Sí, en efecto. ¿Usted es inglesa? —se sorprendió.

—No. Italiana. Pero no hablo turco, ni creo que usted hable italiano.

—No lo hablo. ¿Cuál es su piso?

—Preferiría que hablásemos en su *suite*, señor Torunoglu.

Hubo un velocísimo parpadeo en los pequeños ojos negrísimos del turco. Apretó el botón correspondiente al piso en el que estaba alojado y preguntó:

—¿Me conoce usted, señorita…?

—María Piamonte. Tengo algo que ofrecerle, pero no he querido hacerlo antes… Había demasiada gente.

—¿Y qué tiene que ofrecerme? —sonrió el turco, mirándola de arriba abajo y viceversa.

—No lo que usted piensa —sonrió también ella—. Aunque eso podría también suceder. A mí siempre me han gustado los hombres fuertes.

—¿Y yo le parezco fuerte?

—Mucho. Parece un hombre gordo, pero no es cierto… Todo en usted es músculo, potencia física. ¿Cuánto paga?

—Cuanto pago… ¿por qué? —rió Torunoglu.

—A los hombres que contrata.

—¿Es usted un hombre?

—Puedo quizá proporcionarle unos cuantos.

—Entiendo… Sí, entiendo. Y ya hemos llegado. Será mejor que hablemos en mi *suite*, en efecto.

Poco después entraban en las habitaciones de Torunoglu. Este cerró la puerta y se volvió sonriente hacia la rubia italiana…

Su sonrisa se esfumó en seguida.

Era cierto que Edvin Torunoglu tenía una gran fortaleza física. Pero el tremendo *ura-tsuki* que recibió en plena boca del estómago, lo dejó sin aliento, desencajado el rostro. Pero permaneció de pie todavía. Maria Piamonte lo miró estupefacta, y repitió el golpe, en el mismo sitio. Torunoglu abrió aún más la boca, y retrocedió dos pasos, tambaleándose, y llevando la mano derecha hacia el sobaco izquierdo… María Piamonte le siguió, y esta vez, su *frágil* puño derecho impactó con seco chasquido sobre el corazón del poderoso turco.

Edvin Torunoglu puso los ojos en blanco, y se desplomó hacia atrás. Era tan grueso, tan macizo, que más bien pareció rodar, sin producir apenas ruido.

Sin embargo, durante un par de minutos Maria Piamonte permaneció en pie ante él, mirándolo, pero atentos sus oídos a los ruidos del exterior. En dos minutos, se convenció de que nadie

había oído nada, de que no había reacción alguna al golpe producido por Torunoglu al caer.

Aunque era un hombre demasiado fuerte para matarlo con un golpe, Baby se acuclilló junto a él, y le puso la mano sobre el corazón. Con el golpe, podía haber matado a un hombre corriente: Torunoglu, simplemente, estaba desvanecido.

Le quitó la pistola, que tiró debajo del sofá, y pasó al dormitorio. Del armario sacó algunas corbatas de Torunoglu, con las cuales procedió a atarlo de pies y manos. Metió una de ellas en la abierta boca del turco, y la aseguró con otra, que ató a la nuca.

Luego, emprendió el registro sistemático de la *suite*.

Botín final: dos pistolas, una metralleta, algunos cargadores para ambas, veintidós mil dólares USA, doscientas mil libras turcas, una brújula, una radio de bolsillo, una libreta llena de nombres y cantidades que correspondían a cada nombre, un silbato… Se quedó mirando con curiosidad el silbato.

Para cuando terminó de examinar todo esto, sentada en el sofá de la salita en la que yacía Torunoglu éste había recobrado el conocimiento, y la miraba con los ojos inyectados en sangre, tras el vano esfuerzo por soltarse. Unas cuantas corbatas pueden ser mucho más fuertes de lo que su uso común puede sugerir.

Maria Piamonte metió todo su botín en una alfombra, que enrolló, y sujetó con otra corbata, dejando afuera la radio de bolsillo.

—Está usted muy bien surtido de corbatas —comentó.

Fue al cuarto de baño, y regresó con la navaja de afeitar de Torunoglu. Una buena navaja, de excelente acero, y afilada todo lo bien que requería la dura barba del turco. Maria se sentó a su lado, en el suelo, cerca de su cabeza, y abrió la navaja.

—Voy a quitarle la mordaza —dijo—. Si utiliza la boca para contestar a mis preguntas, seré magnánima con usted. Pero si intenta gritar, le degollaré. ¿Lo ha entendido?

Torunoglu asintió con la cabeza. Baby cortó la corbata que había anudado a la nuca…, sin preocuparse por el pequeño corte que produjo en el cuello de Edvin Torunoglu. Retiró la corbata que había introducido en su boca, y luego miró la navaja manchada de sangre.

—Está muy bien afilada, así que vamos a sacarle partido. Como

no tengo mucho tiempo que perder, le diré que pienso utilizarla si no contesta pronto y bien a mis preguntas, y me obedece en todo. Y, por si es usted de esos hombres valientes que no temen a la muerte, le diré que no es precisamente su cuello lo que tengo proyectado cortarle, sino algo mucho peor para un turco… Para aclarárselo más, le diré que, después de esa mutilación, usted sólo serviría para trabajar como un eunuco en cualquier harén que posiblemente quede en algún lugar de su país… ¿Me he explicado bien, Torunoglu?

El turco estaba pálido como un muerto. Asintió y tragó saliva.

—Sí… Sí, muy bien.

—De acuerdo, entonces. ¿Dónde está Amid Koral? Torunoglu se pasó la lengua por los labios, sin contestar. Maria Piamonte frunció el ceño, como sorprendida. Hizo un gesto para acercarse a la parte inferior del cuerpo de Torunoglu…, el cual jadeó rápidamente:

—¡En Izmir, en Izmir…!

—Eso es Esmirna, en Turquía, ¿no?

—Sí… Sí…

—Bien. ¿Dónde, exactamente, de Izmir?

—No lo sé… ¡No lo sé! Es un hombre extraño, muy misterioso… Tengo a varios hombres buscándolo por Izmir, pero aún no lo han localizado… ¡Se lo juro!

—Me lo jura… ¿por quién?

—¡Por Alá!

—¡Ah! Muy convincente. Sus intenciones son las de ir a reunirse con Amid Koral, ¿no es así? Y unir los hombres que está contratando por aquí a los que ya tiene él, a ese ejército numerosísimo. ¿Cuántos hombres componen, exactamente, ese numerosísimo ejército?

—No lo sé. ¡Se lo juro!

—Para ser un organizador de guerrillas tan importante, no sabe usted gran cosa, Torunoglu.

—Yo sé mis asuntos, no los de Amid Koral. Es cierto que oí que vive en Izmir, y que tiene un numerosísimo ejército, y que tengo pensado unirme a él… ¡Pero eso es todo!

—Se entiende que para ir a atizar el fuego en Chipre, ¿no es cierto? Por si las cosas no estuviesen bastante mal, usted y otros como usted se disponen a incordiar más en la situación. Eso, le

convierte a usted en un saqueador y un asesino en potencia. ¿No está de acuerdo?

—¡Chipre pertenece…!

—No me venga con patrioterías, Torunoglu. Todo lo que usted, y otros como usted, pretenden, es aprovecharse de la situación para obtener provecho personal. Conozco muy bien la mentalidad de hombres como usted, se lo aseguro. ¿Iba a decir que Chipre pertenece a Turquía? ¿Por qué? ¿En qué se basa usted? ¿Quizá en su situación geográfica? Eso es algo desfasado… Ahí tiene usted Alaska, Puerto Rico, Hawaii, por ejemplo. No se puede decir que geográficamente pertenezcan a Estados Unidos, ¿verdad? Sin embargo, así es, por conveniencias y acuerdos establecidos en determinados momentos. Si alguien no está conforme, como parece ser que ocurre con los portorriqueños, que lo diga, y las cosas pueden discutirse sobre cauces inteligentes y pacíficos. A mi, eso de que Puerto Rico, Chipre, o el Congo, quieran ser independientes, me parece bien. Bien, en el sentido de que todas las personas del mundo tienen derecho a pedir algo. Luego, se estudia esa petición por parte de personas inteligentes y dispuestas a beneficiar con su tolerancia y sus buenas intenciones a los peticionarios. ¿Procede la independencia? ¿Realmente va a beneficiar a quienes la piden sobre una base justa y lógica? Pues, señores, ahí tienen su independencia. Eso me parece bien. Pero, no es eso lo que usted busca, ¿verdad, Torunoglu?

—¿Quién es usted? —jadeó el turco—. ¡No es italiana!

—Desde luego que no. Vamos a pasar, ahora, a otro asunto: hace cuatro días, algunos de sus hombres mataron a un agente de la CIA y a un espía griego que, según tengo entendido, no era precisamente un genio, pero que *tenía muy buenos oídos*. ¿Sabe usted a qué dos hombres me estoy refiriendo?

—Sí.

—Bien. ¿Ordenó usted su muerte?

—No… No, no, no…

Maria Piamonte sonrió fríamente.

—¡Ah!, en ese caso debo entender que sus hombres obraron por cuenta propia, sin consultar con usted. ¿Fue así?

—¡Sí…! ¡Sí, sí, sí, así fue!

—¡Qué muchachos tan poco disciplinados! ¿Cuáles son sus

nombres?
—Rizi, Ercan, y un francés llamado Busson.
—¿Puede usted comunicarse con ellos por medio de la radio que he encontrado?
—Sí.
Maria Piamonte colocó la radio de Torunoglu sobre el vientre de éste. Luego, hizo lo mismo con la suya.
—Le voy a decir lo que tiene que hacer —musitó—: va a llamar a Busson, Rizi y Ercan, y va a decirles que, esta misma noche, a las doce en punto, vayan a Eyup. Tienen que pasar por delante de la Mezquita de ese nombre, y seguir adelante por Siahtar, en dirección al café Pier Loti… Es un sitio muy agradable. Cuando pasen por delante del café Pier Loti, deben hacer señales con las luces largas: apagarlas y encenderlas tres veces. Pero que no se detengan, que sigan adelante… Pero reduciendo la velocidad, pues usted les saldrá al encuentro. ¿Me ha entendido bien?
—Sí.
—¿Y va a ser tan amable de obedecerme?
—¿Qué es lo que pretende usted, qué quiere de…?
—Una simple conversación, Torunoglu. Usted, esos tres hombres y yo tenemos que tomar decisiones respecto al asesinato dé dos espías, uno de ellos llamado Simón. Voy a abrir el canal de su radio, y quiero que dé esa orden con toda naturalidad, sin que se note nada extraño en su voz, ni en sus palabras. Espere un momento —Baby tomó su propia radio, y apretó el botón.
—¿Sí?
—¿Simón? ¿Puede atenderme unos minutos?
—Naturalmente.
—Quiero que escuche una conversación en turco. Esté atento —abrió el canal de la radio de Torunoglu, y la puso sobre su boca, mirándolo significativamente.
Edvin Torunoglu tragó saliva cuando por su radio brotó la voz de un hombre. Luego, comenzó a hablar. Estuvo haciéndolo durante medio minuto, contestó a un par de preguntas del otro, y miró a Baby.
Esta cerró aquella radio, y preguntó:
—¿Ha oído la conversación, Simón?
—¿Tiene usted a Torunoglu? —estaba todavía asombrado el jefe

de la CIA en Istanbul.

—Así es. ¿Puede repetirme, textualmente, lo que él ha hablado con ese hombre utilizando su radio?

—Han convenido en encontrarse en Siahtar, pasado el café Pier Loti, a las doce de esta noche. Tres individuos, llamados Rizi, Ercan y Busson deben ir allá en un coche, y después de dejar atrás el café Pier Loti, hacer tres señales con las luces largas del coche, a fin de que Torunoglu los identifique y se reúna con ellos cuando reduzcan la velocidad.

—¿Ha notado algo extraño en la conversación? ¿Algo que pueda ser una clave, tanto en palabras como en tono de voz…?

—No… Yo diría que no.

—Bien. ¿Puede usted recogerme dentro de veinte minutos en el cruce de Siraselviler e Istiklal?

—Veinte minutos… ¡Sí, de acuerdo!

—Pues hasta luego.

Cerró la radio, la guardó, y se puso en pie. Torunoglu la miraba expectante.

—¿No va a soltarme? —susurró.

Maria Piamonte no contestó. Se subió la falda, mostrando las bellísimas piernas. En la cara interna del muslo derecho tenía la pistolita de cachas de madreperla, sujeta por una ancha tira de esparadrapo color carne. La arrancó, y apuntó a la cabeza del turco.

—¡No! —jadeó éste—. ¡No, no, no…!

Comprendió que sí. Vio el fulgor de aquellos ojos, y supo que sus súplicas no iban a servirle de nada. Así que abrió la boca, dispuesto a gritar…

Plof.

La bala le entró precisamente por la boca. Una bala tan pequeña, que no tuvo empuje suficiente para atravesar la cabeza: se quedó allí, alojada en el cerebro de Edvin Torunoglu después de penetrar por el paladar.

María Piamonte se colocó de nuevo la pistola en el muslo, notando su calor provocado por el disparo. Recogió la radio del turco, cargó con la alfombra que contenía el botín, y abandonó la *suite*, tras mirar cautelosamente a ambos lados del pasillo. Bajó a pie al tercer piso, entró en su habitación, y fue directa hacia la maleta, que todavía no había vaciado. Metió dentro la alfombra y la

radio de Torunoglu, apretándolo todo hasta el limite, y pudo cerrarla. Miró su relojito: las diez y treinta y cinco minutos.

Descolgó el auricular del teléfono.

—Soy María Piamonte —dijo—. Quisiera… ¡Oh, sí, espero!

El intérprete de inglés tardó casi un minuto en llegar al otro auricular.

—¿…?

—Soy Maria Piamonte. He llegado esta misma tarde, y pensaba estar en el hotel un día o dos, pero cuando estaba dando un paseo encontré a un amigo italiano, y me ha invitado a alojarme en su casa de Istanbul… ¿Quiere pedir mi cuenta, por favor?

—¿…?

—Sí, sí, claro, dejo el hotel. Y muchas gracias por el interés que ha tenido por atenderme.

—Gracias… Muchas gracias. Bajaré dentro de cinco minutos.

Capítulo III

Hacía dos minutos que Simón-Istanbul estaba esperando cuando la vio aparecer, cargada con la maleta y el maletín. El espía tuvo un ligero sobresalto, y quedó erguido en el asiento, mirando hacia detrás de la rubia; pero no, no parecía que tuviese a nadie siguiéndola.

Salió del coche, y fue rápidamente hacia ella, quitándole la maleta de la mano.

—¡Caracoles! —exclamó…—. ¡No me diga que es la misma maleta de antes!

—La maleta sí es la misma. Luego hablaremos sobre ella. Naturalmente, usted sabe ir al café Pier Loti.

—Claro… ¿Qué ha pasado con Torunoglu, cómo…?

Estaban llegando al coche. Maria Piamonte se sentó en el asiento contiguo al volante, mientras Simón colocaba la maleta en el de atrás. Luego, se puso al volante, y partió inmediatamente.

—Amid Koral está en Esmirna —dijo María.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó el espía.

—Me lo ha dicho Torunoglu.

—¡Ah…! Muy razonable —casi sonrió Simón—. Tratándose de usted, parece que todo tiene sentido. ¿Qué más le ha dicho Torunoglu?

Maria lo explicó todo, rápidamente, incluyendo el contenido de la maleta envuelto en la alfombra.

—¿Y ha dejado allá a Torunoglu, en el hotel?

—Sí.

—Pero ese hombre…

—Lo he matado.

Simón-Istanbul palideció ligeramente, y se mordió los labios. Durante unos minutos, condujo en silencio. Por fin, musitó.

—Usted ya no puede volver a ese hotel, claro. Y tenga por

seguro que las autoridades turcas van a buscar a Maria Piamonte.

—Para entonces, Maria Piamonte estará lejos de Istanbul, y no se llamará así, ni será rubia. ¿Puedo contar con un helicóptero que me lleve a Esmirna esta misma noche? En Esmirna quiero tener un chalet para mí sola, aislado y tranquilo. También deberá acompañarme, o esperarme allá, un Simón que hable turco… No, usted, no. Usted tiene que seguir atendiendo la jefatura de Istanbul. ¿Cuento con todo eso?

—No hay problema. Para cuando usted llegue a Izmir tendrá un alojamiento conforme a sus deseos. Si sale de aquí antes de las dos de la mañana, puede estar allá antes del amanecer. Tengo el hombre adecuado para llevarla allá con el helicóptero, y quedarse cerca de usted por si lo necesita.

—¡Gracias, Simón!

El espía asintió con la cabeza, y siguió conduciendo. Al cabo de unos minutos, murmuró:

—¿Ha matado a Torunoglu por lo de Lewis Harst?

—Entre otras cosas. ¿Tenía familia, Harst?

—No lo sé… No creo.

—Si tenía familia, quiero que el dinero que hay en la maleta vaya a parar a sus manos. Si no tenía familia, que lo destinen a los fondos de mi Sección. ¡Mi Sección! —rió amargamente—. ¡La Sección Pax…! Es la menos activa de todas las de la CIA [1]. Pero no desespero de obtener buenos frutos con ella, algún día. Sí… Algún día.

—Verdaderamente, el mundo critica mucho a la CIA —susurró Simón—, pero no somos mucho más malos que los demás, ¿no le parece?

—¿Más malos? No… Claro que no. Solamente somos más ambiciosos e intrusistas. Tan ambiciosos que, a veces, somos mucho más puercos que los demás.

—¡Usted, no! —exclamó Simón.

Maria Piamonte movió la cabeza.

—Yo soy más ambiciosa que nadie en el mundo, Simón. Tengo la más grande ambición que pueda torturar a ser humano, según parece.

—¿Qué ambición?

—Paz y amor en todo el mundo.

Ahora fue Simón quien movió la cabeza.

—Verdaderamente… —musitó— es toda una ambición. Respecto a esa libreta de Torunoglu, con nombres y cifras, seguramente contiene una lista de los mercenarios que ha contratado. ¿Tomamos alguna medida contra ellos?

—No. Los perros se dispersarán cuando vean que quien les proveía de carne ya no puede hacerlo.

—A mi entender, en definitiva, Edvin Torunoglu está bien muerto. Y supongo que a Amid Koral no le espera mejor suerte… Por cierto: ¿Le parece bien que me ponga en contacto con el MI6 para que busquen a Koral concretamente en Izmir?

—Desde luego. ¿Tenemos comunicación directa entre Esmirna e Istanbul?

—Puede servir la radio del helicóptero.

—Estupendo. ¡Ah!; estamos llegando al Puente de Ataturk…

Cruzaron el iluminado puente por encima del Cuerno de Oro, salpicado de luces de embarcaciones. Llegaron a la otra orilla, y enfilaron la Murselpasa, por la que siguieron, en silencio, hasta divisar la Mezquita Eyup. Después de ésta, la misma avenida tomaba el nombre de Siahtar, y vieron, a la izquierda, los jardines donde estaba enclavado el café Pier Loti. A la derecha, las luces de las embarcaciones…

—Pronto llegaremos al café de Loti.

—Déjelo atrás, y salga de la avenida. Busque un lugar donde pueda estacionar el coche sin que…

—… Sin que puedan verlo —sonrió Simón—. *Okay!*

Cinco minutos más tarde, el coche quedaba convenientemente colocado fuera de la calzada. Era poco probable que pudiese ser visto. En cambio, desde allí, se veía perfectamente la carretera.

Maria Piamonte miró su relojito luminoso, hizo un rápido cálculo de tiempo, y seguidamente procedió a cambiar nuevamente de aspecto y de pasaporte. Se quitó la peluca rubia y los rellenos que habían estado deformando sus mejillas y su nariz, pero dejó las lentillas de contacto de color oscuro. El pasaporte de Maria Piamonte fue sustituido por el de Monique Lafrance, ciudadana francesa, por más señas, parisina.

—¡Demonios…! —dijo, simplemente, Simón.

Estaba vuelto hacia ella, que había pasado al asiento de atrás.

Monique Lafrance sacó del maletín su trípode de aluminio que, en su utilización inofensiva, estaba destinado a sostener una cámara fotográfica con dispositivo de tiempo. Pero, en sus manos, quedó muy pronto convertido en un largo tubo ligerísimo, pero de una solidez que la espía internacional había comprobado ya en numerosas ocasiones.

Encajó el tubo en el secador de cabello a pilas, dejándolo convertido en el fusil más insospechado y manejable del mundo. De un tarro de crema facial con doble fondo, sacó una ampolla, una pequeña esfera metálica, que deslizó cuidadosamente por la boca del tubo de aluminio.

Luego, se dispuso a esperar.

De vez en cuando, pasaba algún coche, pero ninguno hacía señal alguna con las luces.

A las doce y un minuto, Monique Lafrance comenzó a fruncir el ceño. A las doce y dos minutos comenzó a hacer cábalas: ¿era posible que Torunoglu, después de todo, hubiese conseguido hacer comprender a sus hombres lo que ocurría? En tal caso, quizá ella se había metido en una trampa que estaban cerrando los demás.

Miró a Simón, que permanecía inmóvil en el asiento, mirando hacia la carretera. Otro Simón. Si los hombres de Torunoglu habían comprendido la situación en la que se encontraba su jefe y…

—¡Ahí está! —exclamó Simón.

Monique Lafrance todavía pudo ver el último destello hecho con las luces largas del coche que se acercaba, reduciendo la velocidad.

Bajó rápidamente el cristal de la ventanilla, y sacó por ésta la punta del tubo-fusil…

Simón estaba mirando hacia el coche, que había disminuido más la velocidad. Detrás de él oyó un suave zumbido, y en la carretera, el coche que había, lanzado tres ráfagas de luz quedó de pronto iluminadísimo, envuelto en una bola de fuego.

—Vámonos.

Simón-Istanbul estaba petrificado.

—¡Vámonos!

El jefe de la CIA en Istanbul puso el coche en marcha.

Capítulo IV

Todavía no eran las seis de la mañana, cuando el helicóptero se posó en la playa, alzando un remolino de fina arena. Las aspas dejaron de girar, y un minuto después, cuando la arena se había vuelto a posar, Monique Lafrance y el piloto del helicóptero saltaron de éste.

El agente de la CIA señaló hacia la pequeña casa que se veía medio centenar de metros tierra adentro, y fueron ambos hacia allí, en silencio. Delante de la casa había un coche, del cual se había apeado un hombre, que esperó junto al vehículo.

Sus dientes brillaron en la oscuridad matizada por la luz de las estrellas cuando Monique y el otro Simón se detuvieron ante él.

—¡Hola! —saludó…—. ¿Qué tal? Soy Simón.

Estrechó las manos de los dos.

—No esperaba encontrar a nadie, aquí —dijo Monique.

—Lo sé. Pero me pareció que le gustaría saber directamente y en el acto que hemos localizado a Amid Koral.

—¿Ya?

—Ya. En cuanto supimos que estaba en Esmirna concentramos aquí nuestra búsqueda, y los del MI6 hicieron lo mismo. Pero lo hemos encontrado nosotros. Aquí tiene la llave de la casa. Las del coche están puestas. En la guantera tiene un plano de Esmirna, donde hemos señalado la ubicación de la casa de Amid Koral. Es una hermosa mansión, en Mithatpasa Caddesi, cerca de Kucukyali. La entrada tiene unas hermosas columnas rojas que sostienen unos grandes tiestos de piedra con flores. Es muy fácil de localizar, si sigue las instrucciones del plano.

—Ha sido un buen trabajo, Simón —asintió Baby—. Gracias a todos. ¿Cómo lo han localizado?

—Por el directorio telefónico.

—¿Y eso no se les ocurrió antes? —exclamó Baby.

—Bueno, no podíamos proceder de ese modo con todas las localidades de Grecia y Turquía. Además, su nombre no consta en el directorio telefónico público; es un número privado. Pero en cuanto supimos que estaba en Izmir, nos las arreglamos para acceder al directorio privado. Hemos tenido que despertar a varias personas —sonrió secamente—, pero son personas por las que a veces hemos perdido nosotros el sueño.

—Entendido. Sí, ha sido un buen trabajo. ¿Han sabido algo en concreto de ese hombre?

—Es un industrial millonario.

—¿Qué clase de industrial?

Simón-Esmirna lanzó un refunfuño por lo bajo, antes de contestar:

—Alfombras y cosas así.

—¿De veras? —se pasmó la divina—. No parece que eso encaje mucho con un hombre que ha reclutado un numerosísimo ejército.

—No.

—Bien… Ya veremos cómo termina esto. Sería conveniente que pasasen al MI6 la noticia de que ya no deben seguir buscando a Amid Koral —Baby también sonrió secamente—. No nos harán caso, pero nosotros habremos cumplido. Naturalmente, denles las gracias por su colaboración.

—¿De parte de usted?

—No. De la CIA. No quiero que en modo alguno se pueda extender la noticia de que estoy aquí. ¿Algo más?

—Sí. Nos hemos reunido bastantes hombres en Esmirna, en pocas horas… Quiero decir que si usted…

—Los tendré en cuenta si llega la ocasión. Sean discretos y limítense a esperar mi posible llamada por radio.

—¿Tengo que regresar a Istanbul? —refunfuñó el piloto del helicóptero.

—No —rió Monique Lafrance—. Permanezca por aquí. Según como vayan las cosas tendré necesidad del helicóptero para escapar. Hasta la vista, Simones.

Se estrecharon las manos. Segundos después, el helicóptero se alejaba, con los dos agentes de la CIA en su interior.

Monique Lafrance recogió el plano de Esmirna de la guantera del coche, cerró éste, y cargando con su maleta y su maletín fue

hacia la puerta de la casa. Entró, encendió la luz, y se fue directa al dormitorio tras cerrar la puerta con llave.

Se tendió en la cama, y dedicó unos minutos a examinar el plano de Esmirna, aún habiendo localizado en el acto la señal que indicaba la casa de Amid Koral.

Eran las seis y doce minutos de la mañana cuando, apagaba la luz, cerraba los ojos y quedaba profundamente dormida.

A las once de la mañana, tras haber dejado el coche a unos doscientos metros de allí, Monique Lafrance tiraba de la cadena que había a un lado de la entrada a la villa de Amid Koral.

El bello jardín de la villa de Amid Koral parecía especialmente perfumado, como si además de las flores hubiese extrañas esencias flotando en el aire. Era un lugar tan agradable, tan tranquilo, tan bucólico en fin, que había que descartar la posibilidad de que allí hubiese el menor peligro.

Sin embargo, Baby iba preparada para todo. Primero, probaría conseguir su objetivo de un modo sutil. Es decir, con las mentiras y falacias propias del espionaje. Si de se modo no conseguía nada, recurriría a procedimientos menos… elegantes.

De la casa llegaba calmosamente un hombre. Un turco, quizá de unos sesenta años, que en absoluto parecía tener prisa. Cuando llegó ante la bella visitante se la quedó mirando con la expresión de quien está convencidísimo de que la vida es hermosa. Preguntó algo, pero Monique movió negativamente la cabeza.

—No hablo su idioma —dijo en inglés—. Quisiera ver al señor Amid Koral.

El hombre parpadeó. Parecía un poco perplejo.

—Amid Koral —repitió ella.

El turco movió afirmativamente. ¡Sí, sí!, había entendido el nombre, desde luego, pero parecía no saber qué hacer. Optó por abrir la verja, y señalar hacia la casa.

—Gracias —sonrió la hipócrita espía.

El turco también sonrió, cerró la verja, y volvió a señalar hacia la casa. Caminaron juntos hacia allí, mirando Monique a todos lados.

Fue introducida en la casa, y llevada a un salón que la dejó estupefacta, ante la variedad y riqueza de las alfombras y tapices, de un gusto exquisito.

El criado estaba diciendo algo en turco, señalando una otomana cuya belleza le pareció indescriptible a Monique. Asintió con la cabeza, y fue a sentarse. El turco desapareció, cerrando la puerta.

Monique Lafrance frunció el ceño. No había visto más hombre que aquel de sesenta años, de gesto y mirada amable. Ciertamente, no cabía esperar que Amid Koral tuviese en su propia casa un numerosísimo ejército, pero, al menos, sí era lógico suponer que debía tener algunos hombres especializados en protección personal.

La puerta del salón se abrió un par de minutos más tarde, y apareció otro hombre. Monique Lafrance se puso en pie, lentamente, mirándolo con gran atención, no poco impresionada.

Sí. Amid Koral era impresionante.

—Soy Amid Koral —dijo, inclinando levemente la cabeza—. Usted perdone si yo no hablo bien el inglés, lo siento… Siento mucho. ¿Usted está bien? ¿Sí?

—Sí —musitó Monique—. Sí, muchas gracias… Le deseo lo mismo, señor Koral.

—Gracias, muy mucho. Favor de sentarse, si, favor… ¿Bien dicho?

—Sí —sonrió ella—. Lo ha dicho bien.

Se sentó. Amid Koral se sentó en un sillón redondo delante de ella, la estuvo examinando unos segundos, y sonrió ampliamente.

—Bonita con mucho —dijo—. ¿Cómo se dice? Mucho bonita.

—Muy bonita —rió Monique.

—Sí; muy bonita. Siento no hablar inglés mucho bien. ¿Usted turco no habla?

—No. Y también lo siento. Hablo algunos idiomas europeos, pero no el turco.

—¿Habla francés, quizá? —exclamó Amid Koral.

—Sí. Soy francesa.

—¡Ah! Entonces nos entenderemos muy bien —dijo Koral, en perfecto francés—. Alá es misericordioso al haberme permitido aprender muy bien su idioma. Estuve en Francia hace años. En París… ¿Conoce usted París?

—Soy de allí.

—¿De veras? —se animaron los dulces ojos de Amid Koral—. ¡No sabe cuánto me alegra oír eso! Hace muchos años que estuve en París, muchos, pero no he conseguido olvidarla. Es una ciudad

quizá demasiado grande, pero con encanto. Sí, creo que eso es lo más característico de París: su encanto. De París… —movió la cabeza—. Bueno, Othmar me ha dicho que le parecía que usted hablaba inglés, pero supongo que se ha equivocado.

—No. A él le he hablado en inglés. Pensé que lo sabría.

—Pobre Othmar… Le ha sido negado el placer de hablar con personas que piensan de modo diferente, y que, por tanto, quizá puedan enseñarnos algo. Sólo habla turco, y, a veces, creo que no demasiado bien.

—¿Viven solos en la casa usted y Othmar?

—No, no. Tengo un jardinero, un chófer, y dos cocineras… Todos son muy gandules, y seguramente están dormitando en cualquier parte. Perdone que la haya recibido así —señaló su bella bata—, pero no me visto cuando tengo proyectado quedarme en casa…, y no esperaba visitas.

—No tiene importancia —sonrió Monique Lafrance.

—Es usted muy amable… ¿La conozco a usted, quizá? Tengo tan mala memoria…

—No. Personalmente no me conoce, pero quizá sí le hayan hablado de mí: soy Monique.

—Monique… Es un nombre muy bonito. Hace años, en París, conocí a una muchacha que se llamaba así —sonrió de nuevo, con expresión nostálgica—. Sí, hace muchos años. Ya no he conocido a ninguna más que se llame Monique. Lo siento, pero temo que nadie me ha hablado de usted. Pero ya le digo que mi memoria…

—Soy amiga de Edvin Torunoglu.

—¡Ah! —Amid Koral alzó las cejas, perplejo—. ¿Conozco yo a Edvin Torunoglu?

—Es de suponer que sí —murmuró ella—: él me dijo que si le ocurría algo debía ponerme en contacto con usted.

—Torunoglu, Torunoglu… —reflexionó Koral—. Pues no, no lo recuerdo, lo siento. ¿Es algún cliente de mi fábrica, o quizá algún proveedor de materias primas?

—No.

—Pues no sé… ¿Debo entender que le ha ocurrido algo?

—Así es: anoche lo mataron, en Istanbul.

—¡Lo mataron! —respingó Koral—. ¡Pobre hombre! ¿Algún accidente, quizá?

—No: le dispararon una bala a la cabeza. ¿No ha recibido usted esa información de Istanbul?

—Claro que no —Amid Koral parecía sinceramente impresionado, y, sobre todo, desconcertado—. Por supuesto, si él me mencionó a mí, debía conocerme, pero yo no consigo recordarlo, lo siento. Tengo algunos amigos en Istanbul, y clientes importantes, pero ninguno con ese nombre. De todos modos, insisto en que haré lo que pueda por usted… Suponiendo que haya venido a pedirme algo.

—Más bien a ofrecerle. Cuando Torunoglu fue asesinado, había reclutado ya un centenar de hombres, aproximadamente. Yo he pensado que a usted podrían interesarle.

—¿Un centenar de hombres? Bueno, son demasiados, francamente. Gracias sean dadas a Alá, mis negocios marchan muy bien, pero no hasta el punto de poder emplear de golpe a cien hombres. Por otra parte, en Izmir tengo compromisos que…

—Vamos, señor Koral —refunfuñó Monique—: usted sabe perfectamente que no le estoy ofreciendo esos hombres para sus fábricas de alfombras.

—¿No? —se pasmó Koral—. ¿Para qué, entonces?

—Para unirlos a su ejército.

Amid Koral quedó estupefacto.

—¿Mi ejército? ¿Qué ejército?

—Me parece que ya hemos perdido demasiado tiempo en frases amables y sin sentido. Lo primero que quiero decirle es que yo era amante de Edvin Torunoglu… Su amante y su colaboradora. Al matarlo a él me han dejado desconcertada, y he venido a verlo a usted recordando sus palabras: si algo le ocurría, debía reunirme con usted y aportar los mercenarios que tuviésemos reclutados al numeroso ejército con el que piensa usted atacar Atenas. ¿Me ha comprendido, ahora, creo yo?

La estupefacción de Amid Koral no podía ser superada en modo alguno.

De pronto, se echó a reír. Se echó a reír de tan buena gana, de un modo tan simpático, tan sincero, que Monique Lafrance, pese a que se esforzó por fruncir el ceño, tuvo que sonreír, cuando menos.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia? —preguntó.

—¡Mi ejército…! —seguía riendo Koral—. ¡Ahora comprendo!

Edvin Torunoglu debía ser un guerrillero, ¿no es así?

—En efecto. ¿No lo sabía?

—¡Claro que no! No conozco a ningún guerrillero, ni tengo deseos de conocerlos. Supongo que se refiere usted a esos hombres que están provocando situaciones peligrosas en Chipre, que dan golpes de mano, que saquean…

—A esos me refiero.

—¡Alá sea loado…! ¿Y usted cree que yo soy de esos hombres, un guerrillero, como su amante Torunoglu?

—Si no es así, explíqueme para qué quiere usted un ejército numerosísimo…, con el cual piensa atacar Atenas.

—¡No, no, no! —Amid Koral contenía la risa con evidentes dificultades—. Está equivocada. En primer lugar, no creo haber dicho jamás la palabra atacar, sino, en todo caso, habré dicho marchar hacia Atenas.

—En términos militares, marchar hacia una posición significa atacarla.

—¡Pero yo no entiendo nada de términos militares!

—¿Niega que tiene a su disposición un numerosísimo ejército?

—Pues… no. No niego eso —Koral volvió a reír—. Tampoco niego haber hablado de él, y haber dicho que pensaba marchar hacia Atenas ¡Bendito sea el paraíso de Mahoma…! ¿Cómo han podido interpretar mis palabras de un modo tan diferente?

—¿De qué otro modo había que interpretarlas?

Amid Koral se puso en pie.

—Venga conmigo, Monique… ¡Por favor, venga conmigo! Y perdóneme si no puedo contener la risa. Venga, por favor, venga…

Monique Lafrance se puso en pie, y fue hacia la puerta en pos de Koral. Este la abrió, dejándola pasar. Fueron hacia el fondo de la casa. Y, a medida que caminaban, iban oyendo con más claridad los bellos cantos. Por fin, se detuvieron ante una puerta tras la cual el cantar de los pájaros se percibía con gran potencia. Amid Koral abrió aquella puerta, y entonces el canto fue atronador un instante, para cesar de pronto.

Dentro de aquel salón, gemelo del otro, Monique vio las dos grandes jaulas de finos alambres, una a la derecha y la otra a la izquierda, ambas llenas de pequeños pájaros de todos los colores. ¿Cuántos pájaros había allí? Tres, cuatro, cinco, seis mil…

Diminutos, bellísimos, graciosos, maravillosos pájaros que habían dejado de cantar.

—¿Le gustan a usted los pájaros?

Volvió la cabeza, y miró desconcertada a Amid Koral.

—Sí… Sí, ciertamente.

—A mí me encantan, me maravillan, me fascinan… Especialmente, los que tengo en estas jaulas. La mayoría son ruiseñores del Japón: se asegura que es el pájaro que tiene el más dulce canto del mundo… Y me inclino a creer que es cierto. Algunos de estos pájaros valen una pequeña fortuna. Pero siempre he pensado que el hombre debe saber gastar el dinero que ha ganado con su esfuerzo, en algo que le compense de ese esfuerzo. ¿No está de acuerdo?

—Sí. Pero ¿qué tienen que ver estos pájaros con…?

—Son mi ejército.

—¿Qué?

—Mi ejército —se echó a reír, una vez más, Amid Koral—. ¡Le presento a usted a mi numerosísimo ejército con el cual pienso marchar hacia Atenas, Monique!

—¿Se refiere a estos pájaros?

—En efecto.

—Pero… No comprendo… ¿Sus pájaros son… un ejército?

—¿Usted cree que no?

—Bueno… No sé —Monique no podía estar más desconcertada, como le sucediera poco antes a Amid Koral, perdone, pero no entiendo esto. ¿Qué clase de ejército sería éste?

—Yo diría —sonrió el turco—, que el más efectivo ejército del mundo. ¿Se da usted cuenta?

—Pues no. Francamente, no.

—Ya ha comprobado que apenas abrir la puerta, todos han callado. ¿Es capaz de adivinar por qué?

—No… No.

—Realmente —Koral movió la cabeza—, sería pedirle a usted demasiado. Pero, se lo voy a explicar. De lo que sí ha debido darse cuenta es de que cuando abrimos la puerta, estaban cantando todos a la vez, digamos… desordenadamente. ¿Sí?

—Sí. Eso, sí.

—Lo hacen siempre que los dejo solos. Cantan, cantan, cantan…

Son maravillosos. Y muy inteligentes. Por supuesto, no pueden compararse a un perro, un caballo, o ni siquiera a un gato, pero a su modo, son inteligentes. ¿Sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque les gusta la música. Permítame un momento —Koral fue hacia una mesita donde había instalado un tocadiscos y una pequeña discoteca; junto al tocadiscos había una pequeño magnetófono a pilas, que el turco tomó, para regresar junto a Monique—. He seleccionado algunas grabaciones que parecen gozar de sus preferencias. Tenemos, por ejemplo, esta vieja obra titulada *En el jardín de un monasterio*… ¿La conoce?

—Sí. Es de un compositor inglés llamado Albert William Ketelbey. Nació en mil ochocientos ochenta, y creo que falleció hacia el mil novecientos sesenta…

—Mil novecientos cincuenta y nueve. Tiene usted una considerable cultura musical, Monique. En cuanto a Ketelbey, con su *In a Monastery Garden*, me ha ayudado mucho en mis meditaciones. Tengo la esperanza de que usted haya sabido captar toda la dulzura y la paz de esa composición…, en la que intervienen cantos de pájaros. ¿La recuerda?

—Sí… Bastante bien.

—¿Quizá le gustaría escuchar, ahora, *En el jardín de un monasterio*?

Baby parpadeó.

—¿Por qué no? —murmuró por fin.

Amid Koral asintió, recogió la cinta hasta su principio, y puso en marcha el magnetófono. El silencio fue breve y roto dulcemente por la bella música bucólica, que ya desde un principio sugería la auténtica paz, la pacífica soledad, la dulzura… Durante unos segundos, sólo se escuchó la música que brotaba del aparato. Segundos después, los pájaros comenzaron a cantar, no a la vez, sino por grupos, o por individuos aislados, a los que contestaban otros desde la misma jaula o desde la de enfrente. Muy pronto, la música fue quedando ahogada por el canto de los pájaros. Un canto poderoso, suave, dulce y hermosísimo. Si alguno de los pájaros conseguía alzar más que los otros sus bellas notas, los demás guardaban silencio, y escuchaban, para contestar luego intentando conseguir un canto todavía más bello, más armonioso si ello era

posible…

Monique movía la cabeza, mirando a un lado y a otro, intentando localizar al pájaro o grupo de pájaros que cantaban en aquel momento, pero no lo conseguía. Era imposible. Acabó por cerrar los ojos, y durante un par de minutos estuvo así, inmóvil, relajándose sin darse cuenta, sumergida en la dulce música de aquellas diminutas gargantas.

Tardó todavía un poco en darse cuenta de que notaba una suave presión en su brazo derecho. Abrió los ojos, y vio ante ella a Amid Koral, mirándola tan dulcemente que se estremeció.

—Salgamos —dijo el turco—. He decidido que usted es merecedora de un obsequio, Monique.

Salieron del gran salón lleno de pájaros, cerrando Koral la puerta. Regresaron al salón. El turco señaló la otomana, y la espía fue a sentarse allí, todavía como fascinada. Cuando vino a darse cuenta, Amid Koral estaba de nuevo ante ella, tendiéndole una pequeña cajita plana y rectangular.

—Es para usted —murmuró Amid—. Espero que con ello contribuya a hacerle olvidar sus relaciones con según qué clase de gente, cuyo sistema de solucionar las cosas nunca ha merecido mi aprobación… Me estoy refiriendo a Edvin Torunoglu, y a otros como él. El mundo nunca conseguirá la paz por medio de las armas. Ni la paz, ni la justicia, naturalmente.

Monique suspiró profundamente, y miró de nuevo la cajita.

—¿Qué es? —musitó.

—Un *cassette* grabado con música de mi… ejército. Aunque la palabra música no es la adecuada. La música, a fin de cuentas, es algo… artificial. Hace tiempo que estoy convencido de que la música fue inventada precisamente por alguien que prestó atención al canto de los pájaros…, e intentó imitarlo. Así debió nacer la música. Pero luego, ¿qué han hecho con ella? Entre otras cosas, han compuesto cantos al guerrero, marchas militares, música bélica, música enervante… Como siempre, el hombre ha estropeado aquello que ha obtenido de la naturaleza, por hermoso que sea. Lo ha adulterado. ¿Se da cuenta? No basta adulterar la carne, la tierra, y hasta el propio ser humano, sino que ha adulterado la verdadera música. Algunos, como Ketelbey, cuando menos han intentado conseguir algo bello, y por fortuna, son bastantes los que lo han

conseguido. Pero la música será solamente música, y el canto de los pájaros jamás podrá ser superado, ni siquiera imitado. ¿Acepta mi obsequio?

Monique Lafrance tomó la cajita, la guardó en su maletín, y se puso en pie.

—Gracias —musitó.

—¿Se marcha usted? —se decepcionó Koral.

—A menos que tenga algo más que decirme, señor Koral.

—Pues sí —dijo el turco—. Tengo algunas cosas más que decirle, y me gustaría que me escuchase con gran atención, ya que tengo la esperanza de que abandone esta clase de vida que sólo puede reportar perjuicios a nuestros semejantes. Me refiero a sus relaciones con Edvin Torunoglu —alzó rápidamente las manos, sonriendo comprensivo—. No, no, desde luego que no me refiero a sus relaciones personales, claro que no. Eso no tiene la menor importancia. Me estoy refiriendo a sus intenciones bélicas, a esa guerrilla de Torunoglu. ¿Por qué no la disuelve? Ya hay bastantes enfrentamientos armados, ¿no cree?

Monique se sentó de nuevo, mirando fijamente a Koral.

—¿Realmente lo cree usted así? —inquirió.

Amid Koral se sentó frente a ella.

—Lo creo así —asintió—. Olvide las armas, las guerras y las muertes. ¿Sabe usted cuál es mi objetivo al marchar hacia Atenas con mi ejército?

—No exactamente… Es decir —frunció el ceño—, no soy capaz de hacerme ni siquiera una pequeña idea.

—Se la explicaré con mucho gusto. Tal como ha llegado a sus oídos, pienso marchar hacia Atenas, en efecto. Pero, evidentemente, aquellas personas que me hayan escuchado hablar de mi ejército, y que han lucho correr el rumor, no han comprendido nada de nada. Pienso ir a Atenas primero, y a Ankara después llevando algunos de mis pájaros… Había pensado, y me pareció buena idea, regalarles una jaula llena de ellos a los gobernantes griegos, y otra jaula a los gobernantes de mi país. Pretendo que escuchen los cantos de mis pájaros, y que eso les haga reflexionar. Tiene que existir una solución para el conflicto de Chipre, para que la gente deje de matarse… Y yo quiero ofrecer la mía: regalar unos cientos de pájaros a griegos y turcos, y que escuchen sus cantos; luego, unos y

otros deberán reunirse en Chipre, y allá, juntos, abrir las jaulas, para que los pájaros se extiendan por toda la isla, libres, y se amen, se reproduzcan, y canten y canten y canten… Y mi esperanza es que, cuando los hombres que ahora se están matando escuchen esa auténtica música por toda la isla, dejen sus armas y se dediquen solamente a amar y a cantar, como los pájaros. Unos pájaros que, por supuesto, no saben cuál es la parte de la isla que llamamos turcochipriota y cuál es la que llamamos grecochipriota… Mis pájaros no saben eso. Sólo saben cantar cuando sale el sol cada día que Alá nos permite vivir.

Brigitte Montfort, alias Baby, alias Maria Piamonte, alias Monique Lafrance permaneció durante un minuto con la cabeza caída sobre el pecho, inmóvil. Por fin, la alzó, lentamente, para mirar los ojos de Amid Koral.

—¿Cuándo piensa usted partir hacia Atenas? —susurró.

—Tengo que resolver todavía algunos pequeños asuntos. Quizá pasado mañana.

—¿Cómo irá allá? ¿En avión?

—No. Tenía pensado ir en mi yate. Pero temo que en cuanto estuviese navegando por aguas griegas empezaría a tener contratiempos, y no sé cómo solucionar esto. Sobre todo, después de esos rumores sobre mi ejército, de los que usted me ha traído las primeras noticias. Es un problema en el que no había pensado, y que…

—Yo se lo solucionaré.

—¿Usted? —exclamó Amid Koral—. ¿De qué modo? Porque si va a ofrecerme escolta armada o algo parecido…

—No. Yo se lo solucionaré, Amid. Todo lo que tiene que hacer usted —Monique se puso en pie de nuevo— es no hablar de esto con nadie, y esperar aquí a que yo vuelva a visitarlo. ¿Lo hará?

—Claro que sí. Es decir… Bueno, ¿qué solución piensa ofrecerme?

—Todavía no lo sé. Pero usted espere. Eso es todo. ¿Acepta?

—Si su solución se adapta a mi manera de hacer la guerra, sí, acepto.

—Buenos días, Amid —Monique tendió su mano—. Y recuerde: no hable de esto con nadie. Absolutamente con nadie.

Capítulo V

Por fin, Simón consiguió cerrar la boca, dominando su estupefacción.

—Y escuche esto —dijo Baby.

Puso en marcha el pequeño magnetófono que había comprado, y la música grabada en el *cassette* obsequio de Amid Koral llenó el coche y comenzó a brotar por las abiertas ventanillas… Una pareja de jóvenes turcos que pasaban cerca desviaron inmediatamente su marcha, y se acercaron al vehículo. Detrás de ellos, casi corriendo, llegó un niño, que metió la cabeza por la ventanilla, miró a Monique, miró el magnetófono, miró de nuevo a Monique, y sonrió; una sonrisa que a Baby le pareció un dulce rayo de luz. Detrás del niño llegó una mujer, gritando algo en su idioma…, pero oyó también la música, y se quedó junto a la pareja de jóvenes.

Por la ventanilla junto a la cual estaba sentado Simón llegó un turco grueso y bajo, de enorme vientre que también se inclinó para mirar hacia el interior del coche. Tenía un rostro hosco y rudo, pero pareció convertirse en otro cuando sonrió. Detrás de él llegó una muchacha bonita…

El niño dijo algo, señalando el magnetófono, y Simón le contestó en turco.

—¿Qué ha dicho? —se interesó Monique, sonriendo al niño.

—Dice que él tiene dos pájaros en su casa, pero que no cantan tan bien como éstos —musitó el espía.

El coche estaba detenido en Ataturk Caddesi, y hacia él iban convergiendo más personas. Monique detuvo la marcha del magnetófono, para desencanto de todos, y puso en marcha el coche, de modo que todos comprendieron que se iba a alejar, y se apartaron. El coche partió, y durante un par de minutos, ninguno de los dos dijo nada.

Finalmente, Simón preguntó:

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Vamos a ir adonde está el helicóptero, y hablaré por la radio de éste, con Simón-Istanbul.

—¿Qué piensa decirle?

—Pienso decirle que se las arregle como quiera y pueda para conseguir que las autoridades griegas permitan, en todo momento, la navegación del yate de Amid Koral por sus aguas jurisdiccionales, y que consiga también que Koral sea recibido por personas adecuadas.

—¡Fiuuu…! —silbó Simón—. ¡Eso no va a ser fácil!

—Las cosas fáciles —le miró de reojo Baby— no tenemos por qué hacerlas nosotros, Simón: las puede hacer cualquiera.

—Sí, claro. ¿Debo entender que usted está de acuerdo con Amid Koral?

—Pienso apoyarlo con todas mis fuerzas. No me lo diga —dijo rápidamente—, porque ya lo sé: todo esto es ingenuo, infantil, casi cómico, ¿verdad?

—Bueno… Yo no quisiera molestarla, Baby, pero…

—Acabo de nombrarme a mí misma comandante de ese… ejército —sonrió la divina—. Y pienso llegar con él hasta Atenas. Eso es todo.

Tras la conversación con Simón-Istanbul, Baby cerró la radio, y saltó del helicóptero, ayudada por Simón, por pura galantería. Junto al aparato estaba Simón-Izmir, que movió la cabeza, admirado.

—No quisiera estar en el pellejo de Simón-Istanbul —dijo—. Sus órdenes no van a ser fáciles de cumplir, Baby.

—Eso no es cuenta mía, sino de él, y los muchos resortes que puede mover en esta parte del mundo la CIA. Se pondrá en contacto inmediatamente con Simón-Atenas, y que trabajen todos. Muchas veces hemos introducido personal en los gobiernos para conseguir objetivos subversivos, incluso bélicos. ¿No vamos a conseguir ahora un objetivo pacífico?

—Lo que sería interesante saber es qué pensarán los griegos cuando se les hable de este asunto.

—A mí no me interesa lo que piensen, sino lo que hagan. ¿Hay alguna novedad?

—No —Simón-Izmir movió la cabeza—. Hemos dispuesto la

vigilancia de protección en torno a Amid Koral, así que sólo nos queda esperar.

—¿Y respecto al MI6?

—Dijeron que se daban por enterados, y que abandonaban la búsqueda.

—¡Oh!

—Yo creo que es cierto —sonrió Simón-Izmir—, porque ni siquiera nos preguntaron dónde había sido localizado Amid Koral. Todo lo que saben es que está en Izmir.

—Quizá realmente no sientan interés por él —sugirió Simón.

—Mejor que sea así. Bien, me voy a descansar a la casa que me facilitaron. Si ocurre algo, llámenme inmediatamente por la radio de bolsillo.

Les sonrió a los dos, fue hacia el coche, y partió.

Hacia las cuatro de la tarde, todavía estaba tomando el sol, tendida en la playa, ataviada con uno de sus diminutos bikinis. Un sol tibio, muy poco convincente, pero sol al fin.

Junto a ella tenía el maletín, y sobre éste el pequeño magnetófono. Había estado un buen rato escuchando el bello canto de los pájaros de Amid Koral, y reflexionando sobre aquel extraordinario asunto. Y cuanto más pensaba en él, más cundía la desesperanza en su ánimo. Era muy poco probable que ni a ella ni a Amid Koral se les hiciese el menor caso, ciertamente. Estaba comprobado que el ser humano prefería la compañía de un billete de Banco a la compañía de un ruiseñor. Error tremendo, terrible, pero ya generalizado. La idea de ir a visitar a unos cuantos hombres de esos llevando unos ruiseñores del Japón que cantaban tan dulce y maravillosamente, era descabellada. Pero…, ¿qué se perdía con ella?

—Nada —se contestó, una vez más, a sí misma—. No se pierde nada.

Había detenido la marcha del magnetófono, así que sólo escuchaba ahora el rumor del mar, a menos de cinco metros de sus piernas extendidas.

Y así estaba cuando, en el interior del maletín, sonó el zumbido de la pequeña radio. Baby se sentó velozmente sobre la toalla, y sacó la radio, admitiendo la llamada.

—¿Sí?

—Baby —identificó en el acto la voz de Simón-Izmir—, malas noticias: Amid Koral acaba de recibir una visita en su casa. Se trata de Ara Turgay. ¿Lo conoce?

—No… No.

—Para evitarnos largas explicaciones le diré solamente que es un colega de Edvin Torunoglu: un tipo que se dedica a organizar guerrillas, ya sabe. Ha llegado en un coche, acompañado de dos hombres… Amid Koral los ha recibido.

—Bien. ¿Cuál es la mala noticia?

—¡Caramba…! Bueno, pensamos que quizá Koral la engañó a usted esta mañana, y que está en buenas relaciones con esa clase de gente.

—Si estuviese en buenas relaciones con esa clase de gente, habría aceptado los cien hombres armados que fue a ofrecerle Monique Lafrance, Simón.

—¡Ah…! Sí, claro. Bien, no sé. ¿Hacemos algo?

—No. Yo voy para allá.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, haciendo lo mismo con el magnetófono, y corrió hacia la casa. En cinco minutos, estuvo vestida y ya ante el volante del coche, que puso en marcha hacia la ciudad.

Veinte minutos más tarde, lo detenía ante las verjas de la villa de Amid Koral. Se apeó, fue a tirar de la cadenita que movía la campanilla, y volvió ante el volante. Othmar apareció a los pocos segundos, caminando con su gran cachaza hacia las verjas, mientras Monique miraba el coche detenido delante de la casa. Cuando Othmar llegó ante las verjas, sacó la cabeza por la ventanilla, y le sonrió.

—¡Hola, Othmar! Tengo que ver al señor Koral. Abra.

El turco vaciló, pero sólo un par de segundos. Abrió la verja, y Monique condujo el coche hasta detenerlo detrás del otro. Se apeó, y entró en la casa.

Sin la menor vacilación fue hacia el salón, empujó, la puerta y entró.

Efectivamente, allí estaban los cuatro hombres. Dos de ellos sentados en la otomana, otro en un sillón, y Amid Koral en otro sillón. En el centro del grupo había una mesita baja, con tazas y café, cuyo aroma se había extendido por todo el salón. Los cuatro

hombres habían mirado rápidamente hacia la puerta, y Amid Koral, lanzando una exclamación de alegría, se puso en pie.

—¡Señorita Monique…! Sea bien venida.

—No sabía que estaba acompañado —sonrió la hipócrita espía —. Espero no molestar, Amid.

—¡No, no, no! La verdad es que la reunión estaba prácticamente terminada.

—Supongo —se adelantó ella—, que estos caballeros han venido a resolver algunos de sus negocios pendientes, Amid. Quiero decir, sus negocios de alfombras.

—No —rió el turco—. Han venido a ofrecerse, también, como ayuda para el ataque a Grecia. Igual que usted. Pero, naturalmente, no he aceptado.

—¿Les ha hablado de sus pájaros?

—No. Por su comportamiento he comprendido que ellos no serían capaces de comprender y aprobar mi idea, como hizo usted… Creen que tengo un verdadero ejército de hombres —rió.

—¿Ellos hablan francés?

—Si lo que quiere saber es si nos están entendiendo, pues no. Hablan turco e inglés, nada más. Por cierto que estamos siendo muy descorteses con ellos, ¿no le parece?

Monique sonrió, y se acercó a los dos hombres que estaban sentados en la otomana. No conocía a Ara Turgay, no podía saber quién era, pero su instinto la impulsó a mirar al que estaba a la izquierda, y, por lo tanto, más cerca del sillón ocupado por Amid Koral.

—Buenas tardes —saludó en inglés—. Soy Monique… amiga de Edvin Torunoglu. Supongo que saben de quién les estoy hablando.

Hubo un leve movimiento en dos de los turcos, pero el que miraba más fijamente a Monique alzó una mano, y el movimiento se detuvo.

—Sabemos muy bien quién *era* Torunoglu —dijo, en inglés.

—¿Les ha contado el señor Koral que fue asesinado en Istanbul?

—Lo hemos sabido por otros conductos. ¿Dice usted que era amiga de Torunoglu?

—Algo más que amiga —sonrió Monique—. No sé si me entiende, señor… señor…

—Ara Turgay —sonrió éste, alzando su bigote espeso y retorcido

—. ¿Ha oído hablar de mí?

—Con frecuencia.

—¿Quiere tomar café? —ofreció Amid Koral.

—Sí, gracias —Monique se sentó en la otomana, en un extremo, de modo que fue quien más cerca quedó de Koral, y, por tanto, junto a Ara Turgay, que la miraba atentamente—. Edvin Torunoglu lo mencionaba muchas veces cuando hablaba con sus hombres, pero su nombre era todo lo que yo podía entender, señor Turgay: no hablo turco.

—Es más fácil el inglés, desde luego —admitió Turgay—. ¿Es usted inglesa?

—Francesa.

—¡Ah! ¿Cuál era su cometido junto a Torunoglu?

Monique le miró sorprendidísima. Luego, en sus ojos apareció una chispa de burla, y se echó a reír.

—¡Qué pregunta tan divertida, señor Turgay! Además, se la podría contestar usted mismo, me parece. Dígame, ¿cuál sería mi cometido junto a usted, si yo aceptase su compañía?

—Evidentemente —sonrió Turgay—, Torunoglu fue un hombre de suerte.

—Yo también fui afortunada —brillaron maliciosamente los ojos de Monique—. No hace mucho que ando por esta parte del mundo, pero he tenido tiempo de convencerme de que los turcos son muy dignos de ser tenidos en cuenta por una mujer a la que le guste ser amada… apasionadamente.

—¿Qué más hacía con Torunoglu?

—¿Le parece poco? —abrió mucho los ojos Monique.

Ara Turgay rió por lo bajo, siempre fijos sus penetrantes ojos en los de la bellísima muchacha. Amid Koral le tendió la taza de café, y Monique bebió un sorbo, con expectación. Luego, aprobó con expresivo gesto, y dejó la taza sobre la mesita.

—No ha sido fácil para nosotros encontrar a Amid Koral —dijo, de pronto Ara Turgay—. ¿Cómo lo consiguió usted?

—Tengo mis propios medios. Es decir, los de Torunoglu. Pero mi visita al señor Koral, esta mañana, ha sido en vano: se ha negado a admitir los cien hombres que teníamos contratados en Istanbul… Debo entender que ya tiene más que suficientes.

—¿Usted vino a ofrecerle cien hombres a Koral?

—Sí. Me pareció que podía conseguir algo de dinero, y, quizá, situarme de nuevo junto a alguien que me… protegiese. Pero el señor Koral es algo mayor para esto último, y en cuanto a los hombres que le ofrecí, no parecieron interesarle… ¿Le interesa a usted?

—¿Cuál de las dos cosas? —entornó los ojos Turgay—. ¿Los cien hombres o… protegerla a usted?

—Podría quedarse con todo —sonrió Monique—. Le aseguro que es un buen lote.

—No lo dudo. Y quizá por eso, ha venido usted ahora para insistirle al señor Koral de que debía aceptarlo.

—Así es. No tenía nada mejor que hacer… Quizá las cosas puedan cambiar ahora. Hasta es posible que no lleguemos a necesitar a Amid Koral si vamos reuniendo hombres de varios grupos… ¿Comprende?

—Desde luego que sí. Pero por muchos hombres que nosotros vayamos reuniendo, nunca tendremos un ejército tan numeroso como tengo entendido que ha reunido él.

—Quizá todo sea una fanfarronada.

Ara Turgay estuvo reflexionando unos segundos, con el ceño fruncido. Por fin, asintió con la cabeza.

—Es posible que tenga usted razón… ¿Aceptaría una conversación conmigo sin la presencia de Amid Koral? Quizá llegásemos a un acuerdo… en todo. Y si nos vamos reforzando, hasta es posible que llegásemos a convencer a Amid Koral de que le resultaría conveniente aliarse con nosotros.

—¿Cuántos hombres tiene usted dispuestos?

—Unos ciento cincuenta.

—Doscientos cincuenta en total… No creo que impresionásemos demasiado al señor Koral. Pero podríamos conseguirlo si fuésemos agrupando a los demás jefes de guerrillas, como usted y Torunoglu, con sus hombres. ¿A cuántos más conoce usted?

—A varios. Hasta hace poco, considerábamos que cada uno tenía que actuar por su cuenta, siguiendo sus propios planes. En cierto modo, incluso éramos rivales. La idea de juntar nuestros hombres para formar un solo grupo había sido lanzada, pero no valía la pena.

—¿Cómo que no? —se sorprendió realmente Monique.

—No —sonrió Turgay—. Reunir ochocientos o mil hombres nos proporcionaría, sin duda, una gran fuerza de ataque, pero al mismo tiempo se creaban graves problemas, como el de los desplazamientos, armamento y abastecimiento posterior, y, sobre todo, siendo tantos, era poco probable que pasásemos desapercibidos. Mil hombres serían demasiado visibles.

—Más lo sería el ejército de Amid Koral, que parece disponer de muchísimos más.

—Sí. Pero mil hombres pueden ser contenidos. En cambio, diez o quince mil, aunque hayan sido vistos y localizados, forman ya un verdadero ejército difícil de contener. ¿Me comprende?

—Sí —susurró Monique—. Es decir, que volvemos a necesitar la fusión con el ejército de Amid Koral.

—Eso es. Pero, mientras éste reflexionaba sobre las ofertas que acabo de hacerle, usted y yo podríamos hablar. ¿Le parece bien?

—Claro que sí —sonrió Monique.

—Ellos son Vedat y Hayri —señaló Turgay a sus acompañantes —. Estamos instalados los tres en un pequeño chalé hacia el interior, propiedad de un rico comerciante de Izmir que ha sido quien, en definitiva, nos ha puesto sobre la pista de Amid Koral.

—Un rico comerciante que, naturalmente, tendrá grandes intereses en conseguir que Chipre pase a poder turco exclusivamente.

—Claro —sonrió Turgay—. Allí podremos charlar tranquilamente. ¿Nos despedimos de Amid Koral?

Monique se puso en pie y se despidió de Koral, hablando ahora en francés. Se quedó mirando a Koral y a Turgay cuando ambos se despidieron hablando en turco. Koral negaba con la cabeza, pero Turgay insistía, y hacía gestos muy expresivos de calma, de reflexión. Baby no entendió una sola palabra, pero sí comprendió claramente que Ara Turgay pedía a Amid Koral que reflexionase durante algún tiempo. ¿Cuánto tiempo?

Salieron de la casa. Turgay vio el coche detenido tras el suyo, y se volvió hacia Monique.

—Si le parece bien, puede venir en su coche detrás de nosotros.

—Muy bien.

Casi una hora más tarde, después de haber dejado atrás Bornova, en las montañas, el coche de Ara Turgay se detenía

delante de un chalé pintado completamente de blanco, con el techo rojo muy alargado y sostenido por columnas, formando un gran porche en el que había tiestos gigantes con flores. Comenzaba a anochecer, y un aire frío llegaba desde las montañas.

Desde el asiento de su coche, Monique Lafrance estuvo mirando a los tres hombres que se apeaban…, mientras pensaba si no estaba confiando demasiado en la credulidad del prójimo. Una buena idea habría sido dar la vuelta y marcharse de allí a toda velocidad. Pero había en su mente otra idea que tenía más fuerza: si conseguía conocer los nombres de los demás organizadores de guerrillas en Chipre, la CIA podría encargarse de retirarlos de la circulación, de un modo u otro. Incluso podría ordenarlo ella, utilizando su Sección Pax. Eliminar o detener a unos cientos de mercenarios era demasiado arduo, y no tenía gran importancia; pero, retirar de la circulación a los hombres que organizaban y luego dirigían esas guerrillas, sí era realmente importante…

Junto a su coche, Ara Turgay se había vuelto, y le hacía señas. Sin más vacilaciones, Monique Lafrance se apeó, y fue hacia allí, sonriendo mientras hacía un gesto de frío.

—¡Brrrr…! —exclamó cuando llegó ante Turgay.

—Sí —sonrió éste—, en las montañas hace más frío que en la costa, desde luego. Pero dentro estaremos bien.

Dentro de la casa había calefacción a fuel-oil. La decoración era parecida a la de Amid Koral, pero con menos alfombras, y mucho menos ricas y hermosas. Turgay señaló la otomana del pequeño salón en el que había una chimenea simulada.

—¿Quiere más café? ¿O prefiere comer algo?

—Ni una cosa ni otra, por ahora. Me gustaría terminar la conversación pronto, para regresar de día a Izmir, pues no quisiera perderme por estas montañas.

—¡Ah! —se desencantó el turco—. ¿No piensa quedarse aquí esta noche?

—También sobre eso podríamos hablar —sonrió, una vez más, Monique.

—De acuerdo. Pero —la pistola apareció en la mano del turco—, lo haremos a mi manera. ¡No se mueva!

Monique Lafrance no se movió. Se quedó mirando fijamente a Ara Turgay, cuya expresión relativamente amable había

desaparecido. Mala suerte. Si hubiese obedecido su impulso de marcharse…

Cuando su fino oído la advirtió de que por detrás se le acercaba uno de los amigos de Turgay, ya era demasiado tarde. Dentro de su cabeza pareció estallar una pequeña bomba al recibir el fuerte golpe.

Capítulo VI

Lo primero que vio al abrir los ojos fue a Ara Turgay, inclinado sobre ella. En seguida comprendió que le estaba dando golpecitos en la cara, para reanimarla. Sacudió la cabeza, y lanzó un gemido cuando el dolor pareció atravesarla de un modo horrendo; la impresión fue de que tenía el cerebro partido en pedazos que rebotaban contra el cráneo, que chocaban dolorosamente entre sí.

—¿Es usted inglesa? —oyó la voz de Turgay.

Con gran cuidado, movió negativamente la cabeza. Entonces, se dio cuenta de otra cosa: estaba completamente desnuda, y atada a una cama sin cabecera ni respaldo, por medio de unas ásperas cuerdas que daban la vuelta varias veces sobre la cama y su cuerpo.

—¿No es inglesa? —insistió Turgay—. Pero tampoco francesa, ¿verdad? ¿Americana?

—No… No.

Un destello cruel apareció en los ojos de Turgay.

—Entonces —musitó—, quizá sea italiana. Incluso podría llamarse María Piamonte, ¿no le parece?

Monique Lafrance cerró los ojos… Siempre se comete algún error. Estaba tan segura de que Maria Piamonte jamás sería encontrada, que utilizó su siguiente personalidad de Monique Lafrance sin tener en cuenta que los amigos de Torunoglu, o las autoridades turcas, o ambos a la vez, buscarían, de un modo u otro, a una mujer. ¿Por qué había tenido que olvidar este detalle… que Ara Turgay, evidentemente, no había olvidado? Y al verla en la casa de Amid Koral, había obtenido rápidas conclusiones…

—De un modo u otro —oyó, como muy lejana, la voz de Ara Turgay—, me consta que Edvin Torunoglu no estaba viviendo en compañía de ninguna mujer actualmente. En cambio, sí supe que una mujer italiana llamada Maria Piamonte había estado en su hotel, y había subido con él en el ascensor… Cuando el cadáver de

Torunoglu fue hallado al irle a notificar cierto percance que habían sufrido tres de sus hombres, la muchacha italiana ya se había marchado del hotel… Y había llegado aquella misma tarde, me dijeron. ¿Es usted?

—No sé… de qué me está hablando… Yo estaba con… con Torunoglu… —murmuró Monique, abriendo los ojos.

Turgay movió la cabeza con gesto compasivo.

—Le voy a decir cómo están las cosas, para que tome una decisión respecto a lo que le conviene. Esta casa, que es uno de nuestros enclaves de comunicación, dispone de una radio de gran alcance, y yo la he utilizado, mientras usted estaba sin sentido, para comunicarme con personas que, a su vez, harán contacto con otros hombres como yo y Edvin Torunoglu. En estos momentos, mis enlaces están en marcha para informar a mis colegas guerrilleros de que hemos localizado a Amid Koral, y que sería conveniente, no sólo unirnos todos nosotros, sino unir todas nuestras fuerzas ya unidas, a las de Amid Koral. Posiblemente mañana mismo lleguen a Izmir varios hombres dispuestos a ponerse de mi parte con todos los mercenarios que ya han reclutado. Una vez unidos nosotros, iremos a ver Amid Koral, y, de grado o por fuerza, él no tendrá más remedio que poner su ejército bajo nuestras órdenes. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Bien. Una vez hayamos reunido ese ejército, las cosas van a cambiar mucho en Chipre, se lo aseguro. Pero, mientras tanto, quiero saber quién es usted, cómo ha intervenido en esto, y, sobre todo, quiero saber si entre usted y Amid Koral hay algún acuerdo especial.

—No comprendo.

—He pensado que quizá Amid Koral sea un traidor. Quizá sea usted griega, y, bajo la promesa de dinero, haya convencido a Koral para que tenga inmovilizado su ejército, para que no permita que sea trasladado a Chipre para ayudarnos a nosotros.

—Entiendo… ¿Eso es lo que piensan ustedes porque Koral se ha negado a poner su ejército a su disposición?

—¿Qué otro motivo puede haber? Amid Koral es turco, y su obligación sería apoyar nuestras pretensiones. Seguramente, eso era lo que pensaba al principio, porque, de otro modo, no veo qué necesidad tenía de reunir un ejército numerosísimo. Pero, cuando

posiblemente estaba dispuesto a hacernos él mismo la proposición, usted, que intervino en la muerte de Torunoglu, le ha hecho una proposición, y él la ha aceptado. Por dinero, se pone del lado griego. ¿No es un traidor quien hace eso?

—Puede ser también que a Koral no le guste el pillaje, y a fin de cuentas, eso es lo único que ustedes piensan realizar en Chipre.

—Eso es otra cosa —sonrió Turgay—. Pero él es un traidor. ¿Es usted griega?

—No.

—Dígame quién es, cómo llegó hasta Torunoglu, por qué lo mató, qué se ha propuesto al visitar a Amid Koral, y luego cuando creyó que podría engañarme a mí como si fuese un completo imbécil. ¿Quién es, para quién trabaja?

Monique Lafrance suspiró profundamente.

—Trabajo para la Sección Pax de la CIA.

El oscuro rostro de Ara Turgay perdió el color, quedó lívido.

—Para la CIA —jadeó—. ¡Asquerosos traidores! ¡Les permitimos que instalen aquí bases, hombres…!

—No, no… Espere, Turgay, usted no entiende. Yo…

—¿Qué es lo que no entiendo? —gritó el turco.

—El ejército de Amid Koral está compuesto por miles de pájaros de bello canto.

Turgay pareció recibir un mazazo en la frente.

—¿Qué… qué…?

—Permítame que se lo explique. Ustedes están perdiendo el tiempo. Además, no es propiamente la CIA quien está frente a ustedes. Es cierto que yo recibí la… sugerencia de venir a Turquía, pero…

Turgay colocó su mano derecha, de un zarpazo, en la garganta de Monique.

—Quiero la verdad —jadeó—. ¡Solamente la verdad!

—Le voy a decir la verdad… Me está estrangulando… Si no afloja un poco la… presión de su mano…

El turco aflojó, de mala gana, rezumantes de odio sus ojos, crispada su boca bajo el grueso bigote retorcido. Monique volvió a aspirar hondo.

—El ejército de Amid Koral…

Cuando terminó, Ara Turgay la miraba con los ojos muy

abiertos, casi desorbitados. Poco a poco, su rostro se fue congestionando, y sus ojos se inyectaron en sangre.

—Pretendes burlarte de mí —jadeó—. ¡Pretendes burlarte de mí, perra!

—No… No, no. Le he dicho la verdad.

—Te voy a enseñar a… Sí, te voy a enseñar algo que sé que Torunoglu no pudo enseñarte. Hablaste del modo apasionado de amar de los turcos, ¿verdad? Yo te lo voy a enseñar, y luego te haré pedazos…

—¡Está en un error, Turgay! ¡Le he dicho…!

El turco cayó sobre ella, con todo el peso de su cuerpo, y su áspera boca cayó sobre el cuello de la espía, en un mordisco feroz que quizá había pretendido ser un beso… El grito de Monique fue inevitable. Sólo un grito. Luego, mientras las manos del turco se clavaban en su cuerpo, comprendió que los gritos no iban a servir de nada. Había gritado una vez, por simple instinto, pero ella no era de las que acostumbraban a gritar, sus luchas eran siempre en silencio… Siempre en silencio.

Encima de ella, Ara Turgay rugía ahora sus deseos.

Una de sus manos apartó un poco las cuerdas que pasaban por el cuerpo de Monique. Le molestaban… Monique alzó con fuerza la cabeza, que golpeó en la barbilla de Turgay, pero éste lanzó una carcajada, y perseveró en desplazar las cuerdas.

Ara Turgay estaba ya lanzado, enloquecido por el deseo de posesión de aquel hermoso cuerpo que aplastaba con el suyo. Consiguió, en efecto, bajar las cuerdas…, de modo que de pronto el brazo derecho de ésta quedó libre con un solo tirón. El pequeño puño de Baby restalló secamente en la cabeza de Turgay, cerca de la sien izquierda. Fue un golpe tremendo, pero no tan certero como Monique habría deseado. El turco lanzó un berrido, pareció a punto de caer de la cama, y acabó agarrándose al cuerpo de Monique, mientras ésta disparaba de nuevo su puño. Los nudillos se hundieron en el ojo izquierdo de Turgay, que de nuevo gritó espantosamente, y acabó por caer rodando junto a la cama, con el ojo reventado. Se puso en pie de un salto grotesco, y de nuevo saltó encima de ella cuando apenas había conseguido girar para intentar soltarse completamente. Monique volvió a ser aplastada contra la cama, y una mano del turco asió su muñeca derecha, con una fuerza

espantosa que hizo crujir el hueso. Mientras ella se debatía, Turgay se iba acomodando sobre el cuerpo que parecía de seda y de oro, lanzando rugidos bestiales, manchando el rostro de la espía con la sangre que brotaba de su ojo reventado. Monique consiguió alzar su brazo venciendo lentamente la fuerza de Turgay, y clavó sus dientes en la mano de éste, que se estremeció y volvió a aullar justo cuando estaba a punto de conseguir su propósito. Libre de nuevo su mano derecha, Monique disparó otro golpe terrible, que dio ahora en un lado del cuello de aquella enorme bestia sangrante y rugiente…

De nuevo cayó Ara Turgay de la cama.

Y de nuevo se puso en pie, tambaleándose, aullando, llena su boca de saliva…

Ni siquiera se oyó el disparo. No sólo porque fue efectuado con silenciador, sino porque los rugidos de Turgay hubiesen impedido oír, incluso, sonidos mucho más fuertes.

No. No se oyó el disparo. Pero la parte alta de la cabeza de Ara Turgay estalló en un surtidor de sangre, huesos y cabellos, y el turco, empujado por la bala que le había llegado por detrás, cayó de bruces una vez más sobre el cuerpo de Monique, rebotó allí, y quedó finalmente tendido en el suelo, boca arriba.

Desorbitados los ojos, Monique Lafrance miró hacia la puerta. Allí, en el umbral, pistola en mano, estaba Simón, el del helicóptero. Su rostro estaba demudado.

Antes de que ninguno de los dos tuviese tiempo de decir nada, Simón-Izmir apareció detrás de Simón, acompañado de otro hombre, todos pistola en mano.

—¿La has encont…? ¡Dios!

Entraron a toda prisa los tres. Se detuvieron junto a la cama, sin saber qué hacer, asustados y turbados.

—Será mejor que me suelten —dijo, ahogadamente, Monique.

La libraron rápidamente de las cuerdas. El Simón que aún no conocía, había recogido sus ropas del suelo, y se las tendió cuando se sentó en el borde de la cama, evitando mirarla.

—¿Está bien? —casi gritó Simón.

—Sí.

Se limpió la sangre de Turgay que manchaba su cara utilizando una sábana, y luego se vistió. En el rincón donde habían tirado sus ropas estaba también su maletín, que Simón recogió mientras ella

terminaba de vestirse.

—Había dos más —murmuró.

—Hemos tenido que matarlos. Los seguimos, pero no pensábamos intervenir, desde luego.

—¿Y por qué lo han hecho?

—Nos pareció… oír un grito.

Monique asintió, recogió su maletín, y salió del dormitorio. En el pequeño salón había otro agente de la CIA, que tragó saliva al verla aparecer, y casi consiguió sonreír. Monique fue a la cocina, llenó de agua un vaso, y tragó dos tabletas que sacó del maletín. Luego volvió al salón, se sentó en la otomana, y cruzó las piernas en la *postura del loto*. Quedó inmóvil, respirando acompasadamente.

Los agentes de la CIA cambiaron una mirada. Simón señaló hacia la puerta, cuya cerradura había sido arrancada a balazos.

—Echad un vistazo por ahí fuera. Ahora ya no tenemos por qué temer que nos vean. Yo miraré por aquí dentro.

Cinco minutos más tarde, los cuatro espías se reunían en el salón, donde Baby continuaba en la misma postura, inmóvil, como convertida en piedra. No entendían lo que ella hacía, pero sabían que si lo hacía era por algo que tenía sentido. Y se convencieron de ello cuando finalmente, Monique abrió los ojos, movió la cabeza y susurró:

—Ya se me ha pasado… Me dolía tanto la cabeza que creí que me iba a explotar.

—¿Se encuentra bien?

—Sí… ¿Han encontrado algo?

—Salvo una emisora de gran potencia, nada que valga la pena de ser considerado. Está dentro de la casa, en el cuarto del fondo. ¿Qué hacemos con ella?

—Nada. Ya no se puede hacer nada, porque Turgay ha dicho a todos los organizadores de guerrillas dónde está y quién es Amid Koral. Van a acudir todos a Esmirna, para unirse a su *ejército*, quiera o no quiera Amid Koral.

—Bueno —sonrió, secamente, Simón—, ¡que vengan a reunirse con ese ejército! ¡Menudo chasco se van a llevar!

Monique movió negativamente la cabeza.

—Llegarán dispuestos a obligar a Koral a que ponga bajo su mando ese ejército. Si Amid Koral les dice que se trata de pájaros,

lo van a hacer pedazos, creyendo que se burla de ellos. Y una vez reunidos esos organizadores de guerrillas, nadie sabe lo que son capaces de imaginar.

—¿Cree que, una vez juntos, decidirían trasladarse a Chipre para actuar?

—Posiblemente. Aunque me pregunto qué hay en Chipre que valga la pena saquear. Supongamos que han conseguido reunir mil hombres: ¿cree que el botín valdría la pena?

—Si no interpreto mal su sugerencia, usted opina que esos guerrilleros buscan algo especial, ¿no es así?

—Francamente, sí. Estoy empezando a pensar que, más que guerrilleros dispuestos al pillaje, son un grupo bien organizado que está siendo dirigido por alguien muchísimo más importante.

—¿Quién?

—No lo sé. Y, posiblemente, ni ellos mismos lo saben, pero están siendo dirigidos astutamente de modo que sigan creando situaciones conflictivas en Chipre… No, no se me ocurre quién pueda estar dirigiendo esto, pero así ha de ser.

—Quizá sea Rusia —murmuró Simón-Izmir.

Monique Lafrance lo miró con amabilidad, pero un tanto irónica.

—Sí. Quizá sea Rusia. Hace falta dinero para organizar eso, y Rusia lo tiene, Pero también podríamos ser nosotros mismos, o los ingleses, que tienen intereses en la isla, y se resisten a marcharse definitivamente.

—Si fuésemos nosotros, lo sabríamos —palideció Simón.

—Como suele decirse, Simón, la mano derecha de la CIA no sabe lo que está haciendo la mano izquierda. Ahora es usted quien me está pareciendo un tanto ingenuo… Podría contarle algunas cosas de nuestra CIA que le sorprenderían bastante. Y hay otra cosa: quizá no seamos nosotros, o los rusos, o los ingleses…, sino todos a la vez. Pero vamos a dejar eso ya. Sean quienes sean, no lo sabremos nunca, ya que ni los propios guerrilleros son lo bastante inteligentes para comprender que están siendo manejados como muñecos. No podemos hacer nada en ese sentido. Pero sí podemos evitar que alguien dañe el ejército de Amid Koral, y a eso vamos a dedicarnos.

—Me parece bien —sonrió el espía—. A fin de cuentas, usted es el comandante en jefe de ese ejército.

—Exactamente —sonrió, secamente, Baby—. Volvamos a

Esmirna.

Capítulo VII

—Pero… no puede ser —negó Amid Koral, con los ojos muy abiertos—. ¡No puedo salir ahora mismo de Izmir!

—¿Por qué no? —frunció el ceño Monique.

—No es posible… ¡No es posible!

—¿Me está usted hablando de sus negocios, quizá, Amid?

—No, no… Puedo dejarlos sin ninguna inquietud, se lo aseguro. Quedarían pendientes pequeñas cosas sin importancia, que podría solucionar a mi vuelta. No es eso… Pero hay que trasladar los pájaros, aprovisionar el yate… No sé.

—No creo que para un viaje de cuatrocientos kilómetros hagan falta muchas provisiones —protestó Monique—. Si zarpamos ahora mismo, podemos estar llegando a Atenas al amanecer. Y precisamente, será más seguro viajar de noche.

—Lo sé, lo sé… Sí, tiene usted razón. Pero hay que cargar combustible, y llevar allá los pájaros. Eso requiere tiempo. Además, no quiero que me vean llevar allá a mi ejército. En cuanto a las jaulas, las tengo preparadas en mi fábrica. Habría que ir a buscarlas allá, ir colocando en ella a los pájaros, sin brutalidad… ¡Es imposible que zarpemos ahora mismo!

—Está bien —tuvo que resignarse Monique ante las válidas razones de Koral—. ¿Cuánto calcula que tardará en prepararlo todo?

—Por lo menos, cinco o seis horas. Es sobre todo por los pájaros… ¡No puedo trasladarlos de jaula a manotazos, ni quiero asustarlos!

—Lo comprendo. Cinco o seis horas. Vamos a concedernos seis para más seguridad y tranquilidad. Entonces serán las —miró su relojito— tres menos cuarto de la madrugada. Pongamos, las tres. ¿Estará todo preparado para las tres?

—Sí… Espero poder hacerlo en ese tiempo, sí.

—Pues empiece ahora mismo. ¿Puedo yo ayudarle?

—Por ahora, no. Voy a llamar por teléfono al capitán de mi yate; debe estar en su casa ahora. El se encargará de avisar a la tripulación…

—¿Cuántos tripulantes tiene usted? —se sorprendió Monique.

—Sólo tres. Pero hay que avisarles. Luego, iré a la fábrica a buscar las jaulas: las tengo escondidas en un pequeño almacén del que sólo yo tengo la llave. Para trasladar las jaulas hasta aquí, y luego hasta el yate podremos utilizar una de las camionetas.

—¡Magnífico! Usted ocúpese de eso, mientras yo voy afuera, a conversar con unos amigos para garantizarnos una cobertura.

—¿Amigos? ¿Qué amigos?

—La CIA.

Amid Koral palideció.

—No —jadeó—. ¡La CIA, no! ¡No me gusta la CIA!

—A mí tampoco —sonrió Monique—. Pero le aseguro que sus recursos son muy considerables, Amid. Yo los vengo utilizando hace mucho tiempo, y casi siempre me han sido de gran utilidad.

—¿Usted viene… utilizando… los recursos de la CIA?

—Aunque ellos creen que me están utilizando a mí —Monique frunció el ceño, sin dejar de sonreír—. De todos modos, hace ya años que saben a qué atenerse conmigo.

—Pero… no aceptarán, ellos no querrán…

—La CIA, en ocasiones, hace lo que yo decido, Amid. No perdamos más tiempo.

—Pero… pe… pero… ¿quién es usted?

—Baby. ¿Ha oído hablar de mí?

—No… No.

—Se lo diré de un modo que lo entenderá de una vez —se impacientó la espía—: en ocasiones, la CIA soy yo. Le espero afuera.

Dejando estupefacto a Amid Koral, Monique Lafrance salió de la casa, y, poco después, cruzaba las verjas, saliendo de la villa, a pie. Cien metros más allá estaba el coche que los cuatro Simones habían utilizado para seguirla hasta las montañas. Al volante estaba Simón-Izmir, que la miró vivamente.

—¿Y…? —preguntó.

—Lo vamos a hacer. Zarparemos a las tres de la madrugada… Vayan al helicóptero, y comuniquen con Simón-Istanbul. Tiene que

organizar inmediatamente un grupo de protección en el Egeo, con todo el material disponible: lanchas, avionetas, helicópteros, yates, pesqueros… Todo lo que pueda reunir. Díganle bien claramente que quiero llegar a Atenas con el ejército de Amid Koral, y que no me importa lo que haga con tal de preocuparnos esa protección.

—Está bien. ¿Qué hacemos nosotros?

—Simplemente, formarán parte de esa protección. Estarán cerca del yate en todo momento, efectuando pequeños saltos con el helicóptero. Pueden esperarnos como primer contacto a la salida del golfo de Esmirna. Luego, en el cabo Kara. En el extremo Norte de la isla de Quíos, y en la de Psará. Después, navegaremos en línea recta hacia el cabo Kaferevs, ya en Grecia, y pasaremos entre este cabo y la isla de Andros. A partir de aquí, si Simón-Istanbul ha llegado a un acuerdo con los griegos y ha conseguido material y hombres para la protección, ya no habrá problemas.

—¡Oiga! —exclamó Simón—, ¡usted tendría que ser general, no comandante!

—Bueno —sonrió Monique—, pues en este mismo momento me nombro general del mejor ejército que jamás he conocido. ¡Ah, otra cosa!, no se alejen nunca más de cincuenta millas del yate…

—¿Cincuenta millas? ¡Podemos perfectamente estar volando prácticamente todo el tiempo por encima de ustedes!

—No. De eso, ni hablar, Simón. No quiero que, al ver el helicóptero sobre el yate, puedan comprender que precisamente ése es el yate que buscan.

—En el supuesto de que esos guerrilleros lleguen por aquí a tiempo de buscarles.

—¡Ojalá que no! Recuerden; no se alejen nunca más de cincuenta millas, que es el alcance de mi radio especial. ¿Alguna duda?

No había ninguna duda. El coche con los agentes de la CIA partió, y Monique Lafrance regresó a la villa de Amid Koral. Éste tardó apenas un minuto en salir, ya vestido de calle. Monique señaló su coche, estacionado delante de la casa.

—Iremos en mi coche, lo dejaremos allí, y nos dirigiremos directamente al yate con la camioneta… ¡Santo cielo! ¡Los pájaros! No vamos a tener más remedio que volver aquí a buscarlos. ¡No perdamos más tiempo, Amid!

Eran las nueve de la noche cuando la agente Baby y Amid Koral salían de la villa de éste hacia la fábrica.

A las diez y diez minutos, estaban de vuelta, Monique al volante de la camioneta, en cuya caja había dos jaulas del tamaño de un baúl de grandes dimensiones. Othmar y otro hombre estaban esperando en la puerta, y ayudaron a llevar las jaulas de tela metálica al salón donde estaban los pájaros.

—En realidad —dijo Amid Koral—, sólo vamos a necesitar una. La otra es para mi viaje a Ankara. Podemos dejarla aquí.

—Muy bien. ¿Le ayudo?

Amid Koral la miró con cierto temor.

—Son… son muy delicados, se asustan mucho…

—Puedo intentarlo. Y si a usted le parece que en mis manos corren peligro, me limitaré a observarle a usted.

—Bueno… Está bien, inténtelo.

Los pájaros estaban silenciosos, pero cuando Monique y Amid entraron en la jaula comenzaron a gorjear, y a saltar de barrote en barrote, rompiendo la perfecta formación que habían adoptado durante su sueño, tan rudamente interrumpido. Al principio, fue fácil agarrar a unos cuantos, pero los demás aprendieron rápidamente la lección, y comenzaron a revolotear por la jaula grande. Amid Koral comenzó a gemir, a murmurar palabras en su idioma. Estaba consternadísimo. Pero no tuvo nada que oponer a la ayuda prestada por Monique, cuya delicadeza quedó bien pronto patente. Los pájaros eran pasados de una jaula a otra cada vez a ritmo más lento, pues Cuantos menos quedaban, más difícil era atraparlos.

A los diez minutos de emprender esta insólita labor, Monique Lafrance estaba sudando, mientras pensaba que acababan de inventar una gimnasia de lo más efectiva.

Era casi la una de la madrugada cuando Amid Koral decidió que ya tenían suficientes pájaros. Para entonces, tanto él como Monique estaban sencillamente derrengados. Othmar y el otro criado de Amid Koral llevaron la jaula a la camioneta, mientras Monique y Koral iban al salón y se dejaban caer en sendos sillones, suspirando.

—Ha sido terrible —jadeó Amid Koral—. La verdad es que no esperaba que fuese tan difícil.

—Ya está hecho. ¿Nos vamos?

—Quisiera tomar un poco de café…

—Lo tomará en el yate.

Amid Koral cerró los ojos, y estuvo descansando cuatro o cinco minutos. Cuando abrió los ojos, sus criados estaban allí, mirándole en silencio, como Monique. El turco se puso en pie, con gesto fatigado, asintiendo con la cabeza.

—Cuando usted quiera —murmuró.

La respuesta de Monique Lafrance fue ponerse en pie rápidamente, tomando su maletín. Koral dio unas instrucciones en su idioma a Othmar, y se fue en pos de ella, que nuevamente se puso al volante de la camioneta.

A las dos menos veinte de la madrugada, la camioneta se detenía en Ataturk Caddesi, frente al puerto, delante mismo de la Cámara de Comercio. Se apearon los dos, y fueron hacia el muelle, en el que había embarcaciones de todas clases, destacando entre ellas dos grandes barcos de pasajeros, profusamente iluminados. Enfrente, el largo malecón que formaba el puerto, con un faro en cada extremo. Las luces de allá, y las de los grandes barcos permitían ver los yates y embarcaciones diversas ancladas en aquella parte, a la que no se podía llegar a pie.

Pero, en el muelle, estaba esperando el bote salvavidas del yate, ocupado por un tripulante de éste, que hizo señas en dirección a ellos. Amid Koral lo señaló vivamente.

—¡Ahí está! Ese es Guneri, uno de los tripulantes, Monique.

—Traeré aquí mismo la camioneta.

Cuando detuvo la camioneta en el borde del muelle, Guneri había saltado a tierra, y ayudó a colocar la jaula en el bote. Luego, Monique fue a dejar la camioneta en Cumhuriyet Bulvari, detrás de la Ataturk Caddesi, y regresó rápidamente a pie. Saltó al bote, y Guneri puso en marcha el pequeño motor.

A las dos menos diez estaban en el yate. A las dos y cinco, con un considerable adelanto sobre la hora prevista, zarpaban. Monique y Amid Koral habían bajado la jaula al interior del yate, la dejaron en uno de los camarotes, y, finalmente, se dejaron caer en el diván corrido junto al alargado ventanal que daba a la cubierta.

—Ahora sí podríamos tomar café —sonrió Monique, desfallecida —. Y, francamente, también quisiera comer algo.

—Yo me conformo con el café —suspiró Koral.

El cocinero se encargó de complacer a ambos. Mientras preparaba café y algo de comer para Monique, ésta llamó por su radio de bolsillo, que sacó del maletín.

—¿Simón?

—¡Hola! ¿Cómo van las cosas?

—Acabamos de zarpar. Todo va bien por ahora. ¿Han comunicado con Simón-Istanbul?

—Así es.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha dicho que usted pide más que el Fisco…, pero naturalmente, lo está activando todo. Respecto a llegar a un acuerdo con gente adecuada en Atenas, Simón-Atenas lo está intentando desde que recibió esas instrucciones, y, al parecer, las perspectivas no son malas. Cabe la posibilidad de que mañana mismo, o quizá pasado mañana, Amid Koral y su ejército sea recibido por gente importante del gobierno griego. Eso no es seguro todavía.

—Está bien. Que Simón-Atenas siga insistiendo. ¿Dónde están ustedes ahora?

—En una playa cerca de Urla, esperando ver pasar el yate. Por cierto, que no sabemos cuál es, ni cómo es.

—Cuando pasemos frente a Urla, les llamaré por radio otra vez. Entonces, pasen encima de nosotros, identifiquen el yate, y vayan a esperar en cabo Kara. Y así, sucesivamente.

—*Okay*!

Monique Lafrance cenó, tomó café, y esperó a pasar frente a Urla, momento en que el ayudante del capitán del yate bajó a advertirles. La espía llamó de nuevo por la radio.

—Yate visto e identificado. Vamos a cabo Kara.

—Muy bien. Pero, por favor, no me despierten.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, se acomodó bien en el diván, y, para pasmo de Amid Koral se quedó dormida instantáneamente. O al menos, eso pareció.

Hacia las cinco de la mañana, el ayudante del capitán bajó a toda prisa, y comenzó a hablar excitadamente con Amid Koral. Este respingó, y miró a Monique…, que ya había abierto los ojos, y le miraba.

—¿Qué ocurre? —se interesó.

—Guneri dice que hay dos lanchas detrás de nosotros. Nos van a alcanzar en seguida. ¿Cree que puedan ser amigos de usted?

—Si vienen por detrás, no creo. Vamos a verlo.

Agarró el maletín, y corrió hacia la escalerilla que conducía a cubierta. Una vez allí, miró en seguida hacia popa, donde se escuchaba el rugir de los motores de las otras embarcaciones, que estaban ya muy cerca. Amid Koral llegó junto a ella.

—¿Son sus amigos? —exclamó.

Monique no contestó. Estaba mirando una de las lanchas, que definitivamente habían alcanzado el yate. Eran bastante más veloces, de modo que los habían alcanzado procedentes de Esmirna, sin duda alguna… Una de las lanchas aumentó la velocidad, y fue a colocarse junto al costado de estribor del yate, navegando paralelamente a éste. Monique y Koral fueron hacia allá, y, desde la borda, vieron a la luz de las estrellas no menos de media docena de hombres en la lancha… Hacía un frío terrible, pero Monique no prestaba atención a eso, sino a aquellos hombres…

Uno de éstos comenzó a hablar a gritos, de pronto. Monique le oyó perfectamente, pero no entendió una sola palabra. Junto a ella, Amid Koral respingó al oír lo que le decían en su idioma. Inmediatamente, la lancha se separó del yate, describiendo un arco…

—¿Qué ha dicho ese hombre? —preguntó Monique. Amid Koral tragó saliva.

—Se llama Cemal Tuncer… Es un guerrillero, como Turgay y Torunoglu… Dice que si no detenemos el yate, y me pongo a su disposición con mi ejército, nos hundirán. Tenemos que detener el yate ahora mismo, lo ha exigido…

—Vaya a decirle a su capitán que aumente la velocidad, si es posible.

—Sí. Le… ¿Que aumente la velocidad? —gritó el turco.

—Haga lo que le digo, Amid. Yo me ocuparé de ese exigente caballero.

—Pero…

—Hay unos cuantos guerrilleros que están siendo utilizados por alguien que quiere mantener el estado de cosas en Chipre. Me temo que no sabremos nunca quién dirige este movimiento, pero sí sé una

cosa con toda seguridad: le he privado ya de Torunoglu y Turgay, y ahora voy a privarle de ese Cemal Tuncer. Tengo la esperanza de que si les voy privando de la ayuda de esos hombres desistirán de sus proyectos bélicos y guerrilleros en Chipre. Con lo que la población civil sobre todo, saldrá muy beneficiada. Y eso, Amid, es algo que me complace muchísimo. Vaya a dar esa orden a su capitán.

Amid Koral vaciló, pero sólo un instante. Se alejó hacia la cabina de mandos, mientras Monique se arrodillaba en cubierta, abría su maletín y comenzaba a montar su tubo-fusil. Todavía no había terminado de hacerlo cuando el yate aumentó ligeramente la velocidad…

En el acto, por el lado de estribor comenzó a funcionar una ametralladora, cuyas balas restallaron secamente por encima del yate.

La espía no se inmutó. Acabó de montar el tubofusil…, mientras también por babor comenzaban a dispararles con una ametralladora, y corrió hacia la proa. Se asomó a la borda, localizó la lancha, que parecía envuelta en pinceladas rojas, y apuntó con el tubo-fusil, siguiendo la trayectoria del enemigo…

¡Fuuummm…!

Unos cuarenta metros más allá, la lancha quedó envuelta en la bola de fuego, que, al principio, tenía siempre un tono azulado, pasaba a morado velocísimamente, y quedaba de un definitivo color rojo… Un segundo después, el depósito de combustible de la lancha estallaba bajo el intensísimo calor de la llamarada, y la embarcación saltaba, convertida en astillas ardientes.

Siempre sin inmutarse, Monique Lafrance corrió hacia el otro costado del yate, se arrodilló junto a la borda, e introdujo otra ampolla por la boca del tubofusil.

«Nunca le he preguntado a Mac Gee por qué estas cápsulas producen un fuego azulado al estallar —pensó—. Lo haré la próxima vez que lo vea».

Se asomó de nuevo…, pero se tiró rápidamente sobre cubierta, de espaldas, manteniendo el tubo-fusil en posición vertical, para evitar que la cápsula rodara por cubierta. Mientras tanto, la borda del yate era despedazada precisamente en aquel punto por el diluvio de balas, que arrancaron astillas, rebotaron, se hundieron en

la madera…

Dos segundos más tarde, la espía más peligrosa del mundo volvió a asomarse, localizó la lancha, la apuntó y disparó… La cápsula estalló a unos cinco o seis metros a estribor de la lancha, iluminándola intensamente, pero nada más. Apretados los labios, Monique volvió a arrodillarse, y cargó de nuevo el tubo-fusil, no poco molesta consigo misma por haber fallado aquel disparo.

El siguiente no lo falló.

Apareció por popa esta vez, apuntó con algo más de cuidado, aprovechando que en aquel momento no disparaban desde la lancha, y apretó el disparador.

Otra bola de fuego, primero azul, luego morada, y finalmente roja, apareció en el mar. Al resplandor de esa bola de fuego, Monique pudo ver a dos hombres saltando al agua…, un instante antes de que también el depósito de combustible de aquella embarcación fuese incapaz de soportar el intenso calor y estallase.

Monique miró alrededor, asintió con un gesto, y fue a la cabina de mandos, donde Amid Koral y el capitán de su yate la miraron con expresión desorbitada.

—No hay variación de rumbo —dijo la espía.

Fue a recoger su maletín…, en el cual estaba zumbando la pequeña radio.

—¿Sí? —admitió la llamada.

—¡Baby, estamos viendo…!

—¿Unas llamaradas en el mar?

—Sí… ¡Sí! Nos hallamos a…

—No se preocupen, Simón. He podido arreglármelas. Y ya hay otro organizador de guerrillas menos en el mundo. ¿A qué hora amanece por estos lugares?

—En esta época, alrededor de las seis y media —oyó la voz de Simón-Izmir.

—Entonces, ya no voy a dormir más. Tomaré café. No se lo digan a Amid Koral, pero el café turco no acaba de gustarme. Prefiero el brasileño. A propósito, Simón-Izmir: ¿conocía usted a un guerrillero llamado Cemal Tuncer?

—¡Desde luego que sí! Un tipo muy hábil y peligroso que…

—… Que ha muerto. No pierdan el contacto.

Cerró la radio, recogió su maletín, y, seguida del impresionado

Amid Koral, bajó al salón del yate, dispuesta a continuar tomando café turco…, sin decirle a Koral que prefería el brasileño.

Capítulo VIII

Amaneció a las seis treinta y cinco. A esa hora, apareció el primer destello de sol, amarillento, por detrás de ellos. Para entonces, habían dejado ya atrás la isla de Psará, y el Egeo se extendía ante ellos, azul, frío y tranquilo. La navegación sería ahora en línea recta, sin tener que sortear islas ni cabos.

A las siete menos cuarto, cuando el sol era ya una bola roja flotando en el mar, el helicóptero apareció, por popa. Monique, que estaba en cubierta envuelta en una manta, lo estuvo mirando expectante unos segundos, hasta que lo identificó. Poco después, el helicóptero pasaba por encima de ellos, describiendo una vuelta de saludo alrededor del yate, y regresaba hacia la isla Psará. Monique Lafrance sonrió: sus Simones se habían asegurado de que todo iba bien, y volvían a la isla para concederles una mayor ventaja antes de reanudar su viaje hacia Grecia. Era absurdo desperdiciar combustible haciendo el viaje describiendo continuamente vueltas alrededor del yate; lo cual, por otro lado, había sido expresamente prohibido por Baby.

Poco después de las siete, cuando Monique y Koral estaban en el camarote donde habían colocado la jaula con los pájaros, contemplando a éstos, la espía alzó de pronto la cabeza y quedó inmóvil.

—¿Qué ocurre? —se sobresaltó Koral.

Baby no contestó. Estuvo unos segundos escuchando. Luego, salió a toda prisa del camarote, recogió su maletín al pasar por el saloncito, y subió rápidamente a cubierta. Al aparecer en ésta, se dio de bruces con Guneri, que se disponía a bajar. Al verla, comenzó a hablar excitadamente, señalando hacia el Este, tras ellos. Monique asintió con la cabeza, se volvió, y vio ya muy cerca el avión… No. Era una pequeña avioneta…

Amid Koral llegó tras ella, jadeante, y miró hacia la avioneta,

mientras Guneri la señalaba y de nuevo hablaba con excitación. El hombre de los pájaros miró a Monique, lívido.

—Necmettin nos ha enviado a Guneri para decirnos que desde esa avioneta han enviado un mensaje por radio para nosotros. Si no nos detenemos, nos acribillarán: dispone de dos ametralladoras.

—¿Y quieren que nos detengamos? ¿Por qué? Eso no les va a servir de nada: no pueden abordar el yate.

—No… Es que tras ellos vienen algunas lanchas con más hombres. Tenemos que esperarlos.

—¡Ah! ¿Y mientras tanto los de la avioneta vigilarán que no sigamos navegando hacia Grecia?

—Supongo que se trata de eso.

—Dígale a Necmettin que detenga el yate: no podemos enfrentarnos a una avioneta, desde luego. Nosotros, no.

—¿Qué quiere decir?

Monique sacó la radio del maletín, mientras Koral daba instrucciones a Guneri, que corrió a traspasárselas a Necmettin, el capitán. El otro tripulante, Kullahci, apareció procedente del interior del yate, todavía medio dormido, vio la avioneta, y respingó, mirando a Koral, que señaló hacia la cabina de mandos, y dijo algo en turco. Kullahci fue a reunirse con sus dos compañeros de navegación, desinteresándose de la conversación entre Baby y Simón, ya que no entendía el idioma.

—… En menos de diez minutos.

—Nosotros vamos a detenernos, Simón. Y quiero que entienda bien esto: si no están adecuadamente armados, manténganse alejados. Lo mejor, en este caso, sería esperar que desde Atenas llegase quizá alguna avioneta enviada por Simón-Arenas, y entonces sí que se podría intentar algo.

—Le aseguro que sí podemos enfrentarnos a esa avioneta. Es más rápida que el helicóptero, desde luego, pero nosotros podemos maniobrar mejor en todo momento. Y no me diga que es mejor esperar: ¿qué pasaría si los amigos de los de la avioneta llegasen antes que los nuestros?

—Está bien —murmuró Monique—. Pero insisto en que no vengan a ayudamos si no están convenientemente armados.

—No se preocupe por eso. Vamos para allá ahora mismo.

Baby cerró la radio, y miró hacia el cielo. La avioneta había

pasado con fuerte zumbido por encima de ellos, a menos de veinte metros de altura sobre el mar, y estaba ya iniciando la gran curva de regreso…, mientras el yate, ya con los motores parados, comenzaba a perder velocidad. Muy pronto quedó flotando en silencio, inerme bajo la amenaza de la veloz avioneta, que de nuevo emprendía el regreso… Esta vez pasó tan cerca por encima de ellos que Monique se tapó los oídos, para protegerlos del atronador estampido de los motores. Luego, alzó la cabeza, y miró con el ceño fruncido hacia la avioneta, que se alejaba…

¿Querían jugar? ¿Se estaban divirtiendo pasando tan cerca del yate, convencidos de que asustaban a sus ocupantes?

Muy bien.

Una vez más, abrió el maletín, preparó el tubo-fusil y metió por la boca de éste una de las dos cápsulas incendiarias que le quedaban de su dotación habitual de seis…

—¿Les va a disparar? —se asustó Amid Koral.

—Quizá lo intente.

—Pero… no es prudente. Si se molestan y disparan contra nosotros, pueden hundirnos… ¡Matarían a mis pájaros!

Baby frunció el ceño, y no contestó. Se quedó con el tubo-fusil en las manos…, sin utilizarlo cuando, poco después, la avioneta volvía a pasar por encima de ellos. De todos modos, su velocidad era tal que se podía calificar de descabellado cualquier intento de alcanzarla con un arma como aquélla. Claro que podía quizá conseguirse, pero Koral tenía razón: si fallaba y decidían tomar represalias contra ellos, las cosas se pondrían muy mal. Aunque, estando Amid Koral en el yate, no parecía probable que se decidiesen a hundirlo, pues lo querían para que pusiera a su disposición su *ejército*…

La avioneta todavía pasó por encima de ellos tres veces más antes de que apareciera el helicóptero por el Este, precisamente cuando aquélla acababa de pasar hacia el Oeste. Otra vez regresó hacia el yate, pasó por encima de nuevo y comenzó a elevarse…

—Lo han visto —susurró Monique—. Es una locura por parte de Simón: esa avioneta es demasiado veloz…

La avioneta, reluciendo al sol, seguía tomando altura, y el helicóptero se iba acercando al yate, siempre a la misma distancia de la superficie del mar, unos doscientos metros, calculó Baby.

«Deberían bajar más —pensó la espía—. Si los aciertan, y caen al mar, cuanta menos distancia haya mejor».

Como obedeciendo una orden telepática, el helicóptero comenzó a perder rápidamente altura, hasta que su vuelo fue prácticamente a ras de agua. Arriba, la avioneta estaba maniobrando para enfilarlos. En la cubierta del yate, Monique y los cuatro turcos, agrupados ahora junto a la borda, contemplaban los preparativos del desigual combate… Necmetti dijo algo, Kullahci contestó a su comentario, y Koral los miró a los dos, y luego a Guneri, que también habló…

—¿Qué están diciendo? —preguntó Monique.

—Dicen que los del helicóptero van a morir, y que luego, si los de la avioneta se han enfadado, quizá nos ataquen a nosotros también.

—No lo harán, mientras esté usted aquí. Una cosa son unas cuantas ráfagas y otra cosa hundir el yate con usted dentro… No lo harán.

La avioneta descendía ya en picado hacia el helicóptero, acercándose a una velocidad terrible, como dispuesta a hundirse en el mar… Comenzó a disparar contra el helicóptero, y, en el acto, éste se elevó verticalmente con toda la potencia de su gran hélice, esquivando las ráfagas de proyectiles, y colocándose por encima de la avioneta cuando ésta se enderezaba para pasar rozando al mar… Desde el helicóptero dispararon contra la avioneta. Había una arma en el helicóptero, al parecer. Una sola arma que brilló al sol con mucha más intensidad que el fogonazo del disparo. El proyectil se hundió en el mar por detrás de la avioneta, alzando una enorme columna de agua y fuego.

La avioneta estaba elevándose de nuevo, mientras volaba en línea recta hacia el yate. Pasó muy cerca, ya girando para enfrentarse de nuevo al helicóptero, que permanecía en la última altura alcanzada.

Al siguiente ataque de la avioneta, el helicóptero reaccionó de modo opuesto, esto es, descendiendo verticalmente a toda velocidad, y dejando pasar así las ráfagas por encima… Del helicóptero brotó otro fogonazo, y en el acto, una pequeña nube de humo negro apareció en un ala de la avioneta, que dio la vuelta hacia atrás dejando una curvada raya negra en el cielo azul. Enfiló el morro hacia abajo, hacia el helicóptero, y sus ametralladoras

comenzaron a disparar…, mientras el helicóptero volvía a subir velozmente, y un nuevo fogonazo brotaba de él.

Las balas disparadas por la avioneta se hundieron en el mar de nuevo. El siguiente proyectil disparado desde el helicóptero arrancó el tren de aterrizaje de la avioneta, que fue sacudida tan violentamente que un trozo del ala humeante saltó. La avioneta quedó de lado, mientras volaba como un meteoro hacia el yate…

—¡Cuidado! —gritó Monique—. ¡Parece que sí se han enfadado!

Se tiró sobre cubierta, derribando al desconcertado Amid Koral… Justo a tiempo.

Los de la avioneta, efectivamente, se habían enfadado, y con buenos motivos, pues sabían que estaban perdidos. Así que, mientras volaban hacia el yate, sin tiempo para maniobrar de modo que la avioneta se estrellase contra éste, hicieron, una vez más, uso de las dos ametralladoras… Las ráfagas barrieron la pequeña cubierta, arrancando astillas, destrozando los cristales de la cabina de mandos, desgarrando la toldilla…, y arrancando de allí, brutalmente, a Necmettin, Guneri y Kullahci, que no habían reaccionado aún. Como muñecos de paja, fueron arrancados de la cubierta y lanzados al mar Kullahci y Necmettin, mientras Guneri se deslizaba como sobre una pista, ya muerto, ensangrentado, empujado por las balas.

Tendida boca abajo junto al acurrucado Amid Koral, Monique alzó la cabeza todavía a tiempo de ver el deslizamiento del ensangrentado cadáver de Guneri. Se puso en pie de un salto, comenzando a alzar el tubofusil, en una reacción de rabia poco menos que infantil…

Pero ya no era necesario.

Unos cientos de metros más allá, la avioneta dio, de pronto, una vuelta de campana. Un ala salió despedida, girando, y el resto del fuselaje se hundió en el mar, alzando una nube de blanquísima espuma, que volvió de nuevo a su jugar. Más allá, el ala cayó también al agua.

Segundos después, no quedaba ni rastro de la avioneta.

Monique dejó el tubo-fusil, y corrió hacia Guneri. Pero, aún no se había arrodillado junto a él cuando comprendió que ya estaba muerto. Miró a Amid Koral, que había alzado la cabeza, y la miraba, Monique movió negativamente la cabeza, se puso en pie, y

se asomó a la borda, por donde habían sido lanzados al mar los otros dos turcos…, que, como la avioneta, se habían ido al fondo.

La espía regresó adonde estaba su maletín, guardó cuidadosamente la esfera incendiaria tras deslizaría por el tubo, y llamó por la radio.

—¿Simón?

—Ya ve que lo hemos conseguido. Pero nos ha parecido que… Sí, ahora vemos que sólo quedan tres de ustedes a bordo…

El helicóptero estaba encima del yate. Monique alzó la cabeza para mirarlo.

—Sí… Sólo quedamos con vida Amid Koral y yo.

—Lo siento. Pero en toda acción que valga la pena cae alguien.

—Lo sé. Sigan volando por los alrededores. Amid y yo seguiremos navegando hacia Grecia. Es todo.

Cerró la radio, volvió junto a Guneri, y comenzó a alzarlo. Amid Koral acudió junto a ella, y la ayudó a tirar al mar el cadáver. Koral estaba demudado. Monique le dirigió una mirada breve, de reojo.

—Será mejor que vaya a descansar abajo, Amid. Yo conduciré el yate.

—Sí… Sí, está bien. Todo esto es horrible… Yo… Si hubiese sabido que todo esto podía ocurrir…

—No se preocupe: ya no tiene remedio. Y cuando una cosa no tiene remedio no nos queda más solución que aceptarla con la mayor serenidad posible.

—Seguramente, tiene razón, pero… Bien, yo… yo voy a ver si…, si mis pájaros están bien…

—Buena idea. Y luego, descanse.

Capítulo IX

Hacía muy poco que estaban navegando entre el cabo Kaferevs y la isla de Andros cuando Amid Koral apareció en la cubierta, excitado, y señaló las dos lanchas con algunos hombres a bordo que navegaban paralelamente al yate. Monique asintió con la cabeza, adelantándose a cualquier comentario por parte del turco.

—Ya no hay peligro, Amid. Esos hombres son amigos míos.

—Gracias sean dadas a Alá. Déjeme a mí, yo conozco estas aguas muy bien, he navegado mucho por ellas…, en tiempos mejores. Usted podría encallar el barco en algún arrecife. Si quiere café, abajo tiene, se lo he dejado preparado.

Monique hizo un gesto de cómica resignación.

—¿Qué tal sus pájaros?

—¡Oh, están bien, están bien…! ¿Está segura de que los hombres de esas lanchas son amigos de usted?

—Claro. Hemos conversado por la radio. Y las noticias son buenas, Amid: se están activando las gestiones para que mañana mismo sea recibido usted con sus pájaros en Atenas. Falta por determinar el lugar, pero parece ser que sus palabras van a ser escuchadas por los hombres que más valen hoy en la política griega… Sus palabras, y el canto de sus pájaros —sonrió Monique.

—Gracias a usted —murmuró Amid Koral.

La divina espía encogió los hombros.

—Voy a descansar un poco. Y no se preocupe por nada, ya no puede molestarnos nadie.

Bajó al saloncito del yate. Delante del diván, en la mesita rectangular, había café caliente, en efecto. Se sirvió una taza, la bebió, y se recostó en el respaldo, cerrando los ojos. Le dolía la espalda, y en la parte posterior de la cabeza, el tremendo chichón parecía palpitar con una furia inaudita. Estuvo tentada de dejarse vencer por el sueño, dulcemente, pero prefirió permanecer

despierta.

—Voy a ver los pájaros —se dijo.

Entró en el camarote. Todo estaba bien allí. Los pájaros no parecían intranquilos. Los estuvo mirando, sonriente, y moviendo la cabeza con gesto de duda.

—¿Quién os va a hacer caso a vosotros, chiquitines? ¿Van a dejar de disparar porque escuchen vuestro bello canto? Yo creo que no, pero no perdemos nada probando. A fin de cuentas, es más hermoso sembrar de pájaros una isla, que sembrarla de bombas… ¿No estáis de acuerdo? Apuesto a que sí… Os voy a poner un poco de música.

Fue en busca de su maletín, y sacó el *cassette* que Koral le había regalado. Pero allí sólo había grabado el canto de los mismos pájaros. Claro que era una buena incitación para los ruiseñores, pero la espía prefería provocarlos con música. Recordó la pequeña maleta de Amid Koral, y se dijo que debía llevar discos o *cassettes* allí, de modo que salió del camarote, regresó al saloncito, y vio la maleta de Amid Koral. La colocó sobre la mesita, la abrió, y en seguida vio el magnetófono y un estuche con varios *cassettes*, en los cuales estaba anotado su contenido musical. En dos de ellos decía solamente *Cantos naturales*, y comprendió que eran grabaciones del canto de los ruiseñores. Luego, encontró el *cassette* de *En el jardín de un monasterio*.

—No. Este ya lo oí. Veamos otro…

Se quedó gratamente sorprendida al encontrar un *cassette* grabado con música de su preferido: Rimsky Korsakof. Y nada menos que *El vuelo del moscardón*… Sonriendo, colocó el estuche en el magnetófono, y regresó al camarote.

—Vamos a ver qué tal os sienta oír el vuelo de un moscardón, chiquitines.

Se tendió en la litera del camarote, y puso en marcha el aparato, del cual brotó a los pocos segundos la música. Monique Lafrance cerró los ojos, y comenzó a relajarse. Dentro de tres horas como máximo llegarían a Atenas, y tenía que estar bien despejada. Aunque, en realidad, ella ya había terminado. Dejaría a Amid Koral en manos de sus compañeros de la CIA encargados de conseguirle la audiencia, y regresaría a casa. ¿O quizá era mejor esperar a ver la reacción de los gobernantes griegos que se iban a dignar recibir a

Koral? Esto no le convenía demasiado, pues prefería…

Abrió los ojos, de pronto, y se sentó en la litera, sobresaltada.

Todavía tardó tres o cuatro segundos en comprender lo que la había sobresaltado de aquel modo: los pájaros.

Se quedó mirándolos a través de la tela metálica, cada vez más sobresaltada…, y desconcertada. Ciertamente, en el camarote se oía la música de Rimsky Korsakof, pero los pájaros de Amid Koral no cantaban: se estaban atacando unos a otros, con un griterío furiosísimo, espeluznante. Se acercó más a la jaula, que estaba en el centro del camarote, y, desorbitados los ojos, contempló la horrenda matanza entre aquellos tiernos y dulces animalitos: se atacaban como si hubiesen enloquecido, se picaban en los ojos, las plumas saltaban por el aire… En el fondo de la jaula había ya cuatro o cinco ruiseñores muertos, convertidos en un puñado de plumas y carne destrozada.

—Pero… pero por… por el amor de Dios…

Era espantoso. Monique Lafrance estaba petrificada de horror, no encontraba fuerzas para reaccionar, no sabía qué hacer… Era como si de pronto no tuviese capacidad para pensar, para tomar una decisión…

—¡Pare esa música! —tronó, de pronto, tras ella, la voz de Amid Koral—. ¡Párela, maldita, párela!

Baby se volvió hacia Koral, y le vio en el umbral de la puerta, demudado, apuntándola con una pistola. El primer pensamiento de la espía fue: ¿de dónde ha sacado esa pistola? Pero eso era fácil de responder considerando que estaban en el yate de Amid Koral. La segunda pregunta no era tan fácil de responder.

—Amid… ¿qué pasa? ¿Qué les pasa a los pájaros…, y a usted?

—¡Le digo que pare esa música! ¡Pronto! ¡Maldita idiota!, ¿no ha podido elegir otra cualquiera?

Monique corrió hacia el magnetófono, que estaba en la litera, y detuvo su marcha. Casi enseguida, los pájaros comenzaron a calmarse. La espía desvió, un instante, la mirada hacia la portilla del camarote, por donde se veía un círculo de cielo azul intenso… Los motores del yate se habían parado.

—¿Hay alguien arriba? —musitó.

Amid Koral movió negativamente la cabeza. Luego, miró hacia los pájaros, cuya batalla estaba terminando rápidamente. De nuevo

miró a Monique, que escrutaba sus facciones como esperando leer algo en ellas. Algo que explicase aquello tan extraño que acababa de suceder.

—Evidentemente, a sus pájaros no les gusta Rimsky Korsakof, Amid. ¿Por qué? ¿Qué tiene de diferente Rimsky Korsakof de los demás compositores?

—¿Qué puedo hacer ahora? —gruñó Koral—. ¡Usted puede estropear todos mis planes!

—¿Qué planes, Amid?

—Tengo que matarla —Amid Koral parecía hablar más consigo mismo que con Baby—. Tengo que matarla, porque sé que usted es demasiado lista para permitirme que siga adelante con mi plan… No me dejaría llegar con mis pájaros hasta los gobernantes griegos que ya han aceptado recibirme…

—¿Por qué no, Amid? Desde el primer momento me puse de su parte, ¿no es cierto? Pero… usted me ha engañado. ¿Verdad? ¿Verdad que me ha engañado de alguna manera? ¿De qué manera, Amid, de qué manera? ¿Por qué tiene que matarme? ¿Qué les ha pasado a sus pájaros?

—Usted ha tenido la culpa… ¡Usted! ¡No ha debido poner en el magnetófono *El vuelo del moscardón*!

—¿Por qué no? Es una música de las mejores que…

—¡No importa eso! Es la que elegí para entrenar a estos animales… Sí, cuando les ponía cualquier música, todo iba bien: les servía la comida, les cambiaba el agua, limpiaba la jaula… Todo iba bien. Pero, cuando ponía *El vuelo del moscardón*, yo los torturaba, los aterraba, los volvía locos de miedo, mataba a algunos ante sus ojos… Les colocaba fuego en la jaula, o metía un gato que devoraba a varios… ¿Lo comprende? ¿Lo comprende? Y así, los he ido entrenando, de tal modo que siempre que oyen *El vuelo del moscardón* se vuelven locos de miedo, y se atacan unos a otros…, y nos atacarían a usted y a mí si los dejásemos salir de la jaula… Serían capaces de atacar, incluso a un grupo de gatos, o de tigres… ¡Lo he conseguido! ¡He tardado mucho tiempo, pero lo he conseguido! Y ahora, cuando estaba a punto de lograr mi objetivo… ¡usted lo estropea todo!

—¿Qué objetivo? —murmuró Monique.

—Matar a los gobernantes griegos… ¡Matarlos a todos los qué

escuchasen el canto de mis pájaros! Habría dejado los pájaros con ellos, y entonces, cuando yo estuviese fuera de su alcance, les habría condenado a muerte… ¡A todos! ¡Chipre es de Turquía!

Brigitte Montfort se pasó una mano por la frente, que notó helada.

—¿Quiere decir que, en todo momento, sus proyectos han sido ésos? —musitó—. ¿Matar a todos los gobernantes griegos que se pusieran al alcance de sus pájaros? ¿En todo momento usted ha luchado para ocasionar un colapso en el Gobierno griego, y aprovechar la ocasión para apoderarse de Chipre como fuese?

—¡Sí, sí, sí, maldita, sí!

—Pero, Amid, usted…, usted ha estado rechazando la colaboración de los organizadores de guerrillas turcas, ha consentido que yo matase a algunos de ellos, ha estado escapando de ellos…

—¡Pobres imbéciles! ¿Qué esperaban conseguir con unas cuantas guerrillas? Solamente habrían conseguido eternizar la cuestión… ¿Han muerto algunos turcos? Está bien: ya sabemos que siempre cae alguien cuando se lucha por una causa. Unos turcos han muerto, pero los otros… los otros, serían dueños de Chipre, por fin. Sí, el caos en Atenas, y entonces, ¡la gran ocasión para Turquía de apoderarse de Chipre! Los griegos no podrían reaccionar, estarían desorganizados, sin mandos. ¡Y todo gracias a mí, a mi ejército de asesinos!

Baby miró hacia la jaula, y, de nuevo, a Amid Koral.

—¿Está loco? ¿Cómo podría conseguir que unos cientos de pájaros matasen a los gobernantes griegos? Por mucho que les picasen… jamás conseguirían matar a varios hombres.

—Con el veneno, sí.

—¿Qué veneno? —se estremeció la espía.

—Antes de llevarlos allá, les daría agua… Y sé que todos beberían, porque están sedientos, a propósito. Y en el agua vertería un veneno que actúa al ser mezclado con la sangre. Sus pequeños picos, como agujas, estarían impregnados de ese veneno, y lo transmitirían a los gobernantes griegos al picarles, al hacerles sangre; esas diminutas heridas que usted desprecia. Sí… Les haría escuchar a mi ejército *El vuelo del moscardón*, y atacarían a todos quienes estuviesen con ellos, los matarían… ¡Y no me importaría

estar yo también allí, porque me tiene sin cuidado morir, con tal de conseguir mis propósitos! Pero usted… usted lo ha estropeado, sé que es inteligente, lo sé… ¡No me dejaría llegar allá después de haber visto lo que hacían mis pájaros! ¡Y yo quería llegar a Atenas! Por eso deslicé el rumor de que tenía un ejército: esperaba contactos, sabía que alguien me ayudaría cuando le dijese que quería regalar pájaros de bello canto a unos y otros… Y apareció usted. ¡Usted, la agente Baby! ¡Claro que había oído hablar de usted!, y cuando la tuve ante mí, y comprendí quién era, supe que estaba a punto de lograr mi objetivo… Y ahora…, ahora pone usted *El vuelo del moscardón*, y… y lo estropea todo… ¡Todo lo que usted misma me ha ayudado a conseguir!

Brigitte suspiró profundamente.

—Usted es un loco, Amid. Un loco peligroso, desde luego, así que… no tengo más remedio que matarlo.

—¿Usted a mí? —rió el turco—. ¡Seré yo quien…!

Lanzó una exclamación cuando Baby saltó…, pero no hacia él, sino hacia detrás de la jaula, interponiéndola entre ambos. Amid Koral detuvo su dedo crispado en el gatillo, y su rostro quedó demudado.

—¡Salga de ahí! —gritó—. ¡Salga de ahí ahora mismo, o…!

—Dispare, si quiere… Dispare, Amid. Pero tendrá que hacerlo a través de sus pájaros.

—Lo voy a hacer —jadeó Koral—. ¡Lo voy a hacer, tengo muchos más pájaros, muchos, muchísimos más, así que no me importa…!

Arriba, en cubierta, se oyó un par de golpes, y, al mismo tiempo, una voz masculina:

—¿Baby?

La reacción de Amid Koral fue completamente lógica: volvió la cabeza, como queriendo mirar hacia la escalerilla de cubierta… Y la reacción de Brigitte Montfort fue no menos lógica, empujó la jaula con los pájaros hacia Amid Koral, con tal fuerza, que lo derribó, de espaldas. El turco cayó con la jaula encima, pero la apartó de un puntapié, rugiendo, y se colocó rápidamente de rodillas, desorientado, buscando con la mirada a la espía americana, alzando de nuevo la pistola…

El fortísimo puntapié se la arrancó de la mano, enviándola hacia

el techo. Amid Koral lanzó un alarido, se puso en pie, y se abalanzó contra Brigitte, que se limitó a apartarse ágilmente, de modo que Koral pasó por su lado como una bestia rugiente, se dio de bruces contra la pared del casco, junto a la portilla, y cayó sentado. Se puso en pie, y se volvió…, mientras Brigitte Baby Montfort se incorporaba, tras recoger del suelo la pistola. Afuera, en el salón, se oían ya pasos apresurados, pero la espía sabía que no tenía nada que temer por aquella parte.

De modo que, simplemente, alzó la pistola, apuntó a Amid Koral al corazón, y apretó el gatillo.

El estampido del disparo fue tan fuerte que ahogó el grito de Koral al recibir la bala en pleno corazón. Saltó hacia atrás, chocando, ahora, de espaldas en la misma pared, y cayó de bruces.

En ese mismo instante, un agente de la CIA, pistola en mano, aparecía en la puerta del camarote, tenso el gesto, vigilante la mirada. Tras él llegaban corriendo dos más, también pistola en mano.

Se quedaron los tres mirando la escena, en silencio. Por fin, el primero en llegar se guardó la pistola, diciendo:

—Cuando vimos que el yate se detenía, pensamos que tenían dificultades, y vinimos por si necesitaban ayuda…

—Ya no —murmuró Baby.

—¿Qué ha pasado?

—¿Pueden comunicarse con Simón-Atenas?

—Yo soy Simón-Atenas.

Este es el final

—Zambomba…, ¡te metes en cada lío más extraño, Brigitte!

—Tienes toda la razón, Frankie —asintió Brigitte Montfort, sentada en el sofá del salón de su apartamento, bellísima como siempre.

—Desde luego es un asunto bien raro —asintió Grogan, con la copa de champaña en la mano—. ¿Podemos publicarlo?

Los tres se volvieron a mirar a Pitzer, que también estaba en la reunión, y que encogió los hombros.

—Supongo que sí, ya que no afecta a ninguna interioridad de la CIA, ni alude a ningún otro servicio extranjero.

—Estupendo —Miky Grogan se frotó las manos—. ¡Una vez más vamos a tener que lanzar ediciones extra! Pero… hay algo que tiene que quedar claro, Brigitte: ¿qué pasó, finalmente, con los pájaros?

—A los turcos les gustan los pajaritos fritos —dijo Frank Minello —. ¡Apuesto a que los criados de ese Amid Koral se los comieron!

—Eres un bruto, Frankie —se sobresaltó Brigitte—. ¡Sólo dices barbaridades!

—Quizá. Pero… ¿se los comieron o no?

—¡Claro que no! Yo pedí a mis Simones que fuesen a la casa de Amid Koral en Esmirna, y que se hicieran cargo de ellos…

—¿De los pájaros? ¡Zambomba! ¿Y para qué quiere la CIA unos cuantos cientos o miles de ruiseñores, o lo que sean?

—No son para la CIA. Si han seguido mis órdenes, y supongo que sí, los llevaron en avión a…

—¡Vaya despilfarro! Y además, es una tontería, si yo tuviese alas te aseguro que no subiría a un avión.

—Pero tú no tienes alas —masculló Grogan—. Lo que tienes son cascos, así que te regalaremos unas herraduras para tu cumpleaños. ¿Por qué no te callas de una vez y dejas que Brigitte nos diga qué fue del ejército de Amid Koral?

—Fue llevado a Chipre, y soltado allí —musitó la divina, adelantando su mano hacia la copa de champaña—. En estos momentos, miles de pequeños y hermosos pájaros deben estar cantando, en libertad, en esa isla. En el fondo, la idea de Amid Koral en este sentido, era un poco ingenua, lo sé, pero… ¿qué perdemos, permitiendo que los hombres que están matándose por allí escuchen el canto del ejército de Amid Koral? No pierdo la esperanza de que haya algún medio para hacer comprender al hombre lo estúpida y cruel que es la guerra…, y lo hermoso que es el canto de los ruiseñores.

FIN

Notas

[1] Ver *Seccion «Pax»*. <<